

Camarasa, María Victoria

En busca de la unidad latinoamericana. La influencia del arielismo en Manuel Ugarte

Tesis de Licenciatura

Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación

Departamento de Historia

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Camarasa, María V. "En busca de la unidad latinoamericana : la influencia del arielismo en Manuel Ugarte" [en línea]. Tesis de Licenciatura, Universidad Católica Argentina, Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación, Departamento de Historia, 2012. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/tesis/en-busca-unidad-latinoamericana-arielismo.pdf> [Fecha de consulta:]

Universidad Católica Argentina
Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación
Departamento de Historia

Tesis de Licenciatura
*En busca de la unidad latinoamericana.
La influencia del arielismo en Manuel Ugarte*

Alumna: María Victoria Camarasa
Director de la Tesis: Julio Luqui Lagleyze

Octubre, 2012

Índice

- Introducción p. 3-8.
- Capítulo I: Así habló Próspero: las ideas en *Ariel*
 - La vida de José Enrique Rodó p. 9-11.
 - El clima político y cultural de *Ariel* p. 11-16.
 - Las ideas en *Ariel* p. 16-26.
 - La recepción de las ideas: el arielismo p. 26-27.
- Capítulo II: Tras los pasos de Rodó: “el círculo arielista”
 - La deriva política e intelectual p. 30-33.
 - El arielismo: sus ideas y contactos p. 33-50.
- Capítulo III: En busca de la unidad latinoamericana.
Vida e ideas de Manuel Ugarte.
 - Su vida p. 51-60.
 - Sus ideas p. 60-63.
 - El latinoamericanismo de Manuel Ugarte p. 63-67.
 - Su relación con el campo político y periodístico p. 68-71.
 - La influencia arielista p. 71-82.
- Reflexiones finales p. 83-86.
- Bibliografía
 - Fuentes p. 87.
 - Libros y artículos pp. 88-92.

Introducción

*“(…) ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo
que en nuestras repúblicas dolorosas de América,
levantadas entre las masas mudas de indios,
al ruido de pelea del libro con el cirial,
sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? (...)”¹*

El tema del latinoamericanismo tiene actualmente una gran vigencia. Algunos de los principales líderes de la región han desarrollado en los últimos años políticas exteriores que tienen como objetivo acercar aún más a estas repúblicas que añoran ser hermanas. Sin embargo, en los acercamientos que se produjeron en los últimos años subyace un tema mucho más profundo: la identidad. La pregunta acerca de quiénes somos no es solamente una pregunta individual, sino que también puede plantearse a nivel nacional, e incluso regional.

Panamericanismo, latinoamericanismo, iberoamericanismo e indoamericanismo son todas denominaciones que al aplicarse implican subcontinentes americanos muy disímiles. Ya desde principios del siglo XIX pueden rastrearse los cuestionamientos sobre si existe un continente americano, o si pueden identificarse dos, tres o incluso cuatro subcontinentes basados en la cultura, el idioma y la religión.

En 1808, la crisis de la monarquía española había llevado a algunos de los líderes políticos e intelectuales a plantearse no solo la separación de España, sino también la necesidad de reorganizar el territorio.

¹MARTÍ, JOSÉ; *Escritos sobre América. Discursos y crónicas norteamericanas*; Capital Intelectual; Argentina; 2010; p. 59.

Entre distintos discursos, sobresalió el de Simón Bolívar. En 1815 escribió la *Carta de Jamaica*² en donde definió a los americanos como una “*especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles*”. Mostró además su preocupación por la forma que debían adoptar los territorios liberados y se preguntó si se podía concebir que un pueblo “*recientemente desencadenado*” pudiera ejercer su libertad “*sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo*”. Terminada la guerra de independencia, en 1826, se produjo el encuentro en el Congreso Anfictiónico de Panamá³. Sus ideas entonces eran más claras y precisas. El objetivo era forjar una gran nación americana de países hermanos que garantizaran la autonomía continental.

A fines del siglo XIX las repúblicas independientes habían florecido a lo largo del continente. La deuda pendiente era Cuba, y desde allí comenzó a escucharse la voz de José Martí. Sus ideas quedaron plasmadas en conferencias, cartas, artículos periodísticos y manifiestos. El más destacado fue *Nuestra América*, un ensayo político de 1891 que buscó advertir acerca de la necesidad de “descolonizar” la mentalidad latinoamericana y actuar con autonomía política y cultural. Allí convocaba a sus lectores afirmando:

“(...) los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos (...)”⁴

² BOLÍVAR, SIMÓN; *Carta de jamaica*; Kingston; 6 de septiembre de 1815.

Versión: <http://www.fmmeduccion.com.ar/Historia/Documentoshist/1815cartadejamaica.htm>

³ Cfr. ORTEGA DÍAZ, PEDRO; *El Congreso de Panamá y la Unidad Latinoamericana*; Ministerio de Comunicación e Información; Caracas-República Bolivariana de Venezuela; 2006.

Versión: http://www.alianzabolivariana.org/pdf/unidad_latinoamericana.pdf

⁴ MARTÍ, JOSÉ; *op. cit.*; p. 58.

Posteriormente, fueron variados los discursos que tomaron posición frente a la posibilidad de la unidad latinoamericana. El nuevo escenario que se había abierto en la región tras la Guerra de Independencia de Cuba en 1898 evidenciaba el intento de los Estados Unidos de reforzar su injerencia en el resto del continente.

Las pocas voces que venían anunciándolo previamente se multiplicaron. Entre ellas sobresalió la de José Enrique Rodó, que en 1900 publicó desde la ciudad de Montevideo un ensayo titulado *Ariel*. Partiendo de un marco ficticio en el que un maestro habla a su alumnos, el autor marcó un quiebre en dos sentidos: en el campo de las ideas, hizo una profunda crítica del modelo utilitario y propuso una filosofía más espiritualista; y, en el campo de la cultura, denunció los peligros de admirar e imitar un modelo étnicamente distinto al propio, resaltando los valores de su raza. Quizá por el contexto político y económico, quizá por la consigna de un modelo identitario de reivindicación, defensa y exaltación de la manera de ser latinoamericana, o quizá por dirigirse hacia los jóvenes, lo cierto es que el mensaje encontró eco entre un grupo de intelectuales de la mayoría de los países latinoamericanos que conformaron una red en torno a su pensamiento y comenzaron a reflexionar sobre esas mismas ideas.

Entre los integrantes del “círculo arielista”, como comúnmente se denomina a esta red, se encontraba Manuel Ugarte, nacido en Buenos Aires en 1875. Aunque los temas de sus escritos son variados, pasó la mayor parte de su vida obsesionado con lograr la unidad latinoamericana. Escritos, viajes y conferencias se abocaron al mismo objetivo.

El arielismo tuvo una fuerte influencia en sus ideas. En este trabajo se reconstruirá el surgimiento de su pensamiento latinoamericanista a partir de tres ejes que se irán desarrollando en capítulos. En el primero, se describirán las ideas que José Enrique Rodó plasmó en *Ariel*, tras conocer brevemente la vida y el contexto político y cultural en que vivió y pensó. En el segundo, tras describir los cambios acontecidos en el plano cultural, se presentará, de manera acotada, al grupo de intelectuales que conformó el “círculo arielista”, tratando de rastrear cuales eran sus principales ideas y como surgían las relaciones entre ellos. Finalmente, tras una presentación biográfica, se introducirá el pensamiento de

Manuel Ugarte para luego analizar las similitudes que presenta con el arielismo y realizar una reconstrucción de las relaciones personales.

Marco teórico

El estudio forma parte de la denominada “historia de las ideas”.

Para su análisis es fundamental conocer el momento histórico en que éstas fueron pensadas y escritas. Por esta razón, y dado que el contexto cultural en el que se desarrolla la tesis es el de modernización de la figura y la condición social del intelectual (escritor), resulta interesante el estudio que Pierre Bourdieu realiza sobre los fenómenos socio-culturales en la sociedad contemporánea. El autor aplica un modelo de análisis en el que la sociedad es observada como un conjunto de campos relacionados entre sí. Siguiendo esta teoría, ninguna “creación” como expresión de la persona del artista puede comprenderse si no se la reinserta en el “campo ideológico” del cual forma parte. Para el sociólogo francés, los escritores forman parte de un “campo intelectual” que a su vez se halla incluido en un tipo específico de “campo político” que le asigna una posición determinada a la fracción intelectual y artística. Las relaciones que se producen entre los diferentes campos están sumamente condicionadas por la búsqueda de autonomización que es propia a cada uno de ellos.

Para el estudio concreto del “círculo arielista” se utilizará el modelo propuesto por Eduardo Devés Valdés en sus trabajos sobre diversas redes intelectuales. El autor define la red intelectual como el cuerpo de relaciones entre intelectuales que constituyen entes colectivos que superan las fronteras nacionales. La misma se articula en base a relaciones y contactos positivos en el marco de realidades históricas concretas. Con el fin de conocer esas relaciones y contactos la metodología que utilizaré será la de realizar una intensa búsqueda bibliográfica que me permita analizar parámetros sobre sus producciones intelectuales (citaciones, prólogos, publicaciones en común) y sus relaciones personales (correspondencia, conocimiento personal, homenajes, relaciones con los mismos círculos, formación intelectual, profesiones, viajes).

El análisis de la relación específica entre Manuel Ugarte y los arielistas se hará mediante el estudio de su correspondencia personal entre los años 1900 y 1920. Finalmente, resultará fundamental el estudio sistematizado del contenido de las obras seleccionadas. Con este objetivo, en primer lugar se realizará el análisis interno de las mismas; y, luego, se abordará el método comparativo para identificar las similitudes y diferencias que existen entre las ideas de aquellos y las de él.

Las fuentes fueron uno de los mayores inconvenientes que se presentaron a la hora de efectuar este estudio. José Enrique Rodó es un autor reconocido en el ámbito latinoamericano y no resulta dificultoso encontrar trabajos acerca de sus obras o de su biografía. Sin embargo, existen muy pocas obras que aborden la influencia que ejerció en otros intelectuales. El “arielismo” es un fenómeno que se reconoce en la mayoría de las obras que tratan las ideas del siglo XX, pero sólo de forma superficial porque es un hecho que se afirma sin pretender dar explicaciones. Además, la mayoría de los estudios que la abordan pertenecen al ámbito de la literatura o son contemporáneos y carecen de un punto de vista objetivo.

Algo similar ocurre en el caso de Manuel Ugarte. Aunque fue un hombre que realizó una intensa obra literaria e incluso llegó a ocupar cargos políticos, son pocos los trabajos que abordan su pensamiento. Al estudiarse el tema del latinoamericanismo, clave en su obra, se hace referencia a José Enrique Rodó como uno de sus principales inspiradores, pero no existen análisis detallados sobre la influencia que este pensamiento ejerció en sus escritos. Además, son escasas las referencias a las relaciones que el argentino tuvo con la mayoría de los integrantes de la red a través de correspondencia, críticas literarias, publicaciones en medios similares, etc.

Realizar esta tesis me llevó años de trabajo. En el transcurso de este tiempo fueron cambiando tanto mis puntos de vista como mis interrogantes. Inicialmente hubiese preferido poder hacer un estudio específico sobre el “círculo arielista”, centrándome en las ideas comunes dentro de la red y en los contactos entre sus integrantes. Realizar esta tarea

fue imposible en este momento de mi carrera debido a la enorme dificultad para conseguir las fuentes que solo se encuentran en los países nativos de cada uno de los miembros del círculo.

En conocimiento de la obra de Ugarte y de su correspondencia abierta al público en el Archivo General de la Nación surgió la idea, gracias al asesoramiento de Elena Piñeiro y Josefina Elizalde, de abocarme a su pensamiento y de intentar rastrear las similitudes. Una vez iniciada la tarea, Julio Luqui Lagleyze accedió a ayudarme en la construcción y paciente corrección del trabajo. A ellos les agradezco profundamente.

CAPITULO I

Así hablo Próspero: las ideas en Ariel

El pensamiento latinoamericano se inició en el siglo XX con *Ariel* de José Enrique Rodó⁵, publicado en febrero de 1900 en Uruguay. Si su lectura “*se extendió como una especie de euforia, sedante al par que estimuladora*”⁶, o si la venta de la obra en Montevideo no pudo ser sino insignificante y solo se vio compensada con la inesperada actividad desplegada por el autor para difundirlo⁷, lo cierto es que *Ariel* fue uno de los libros de mayor resonancia que se hayan escrito en América.

La vida de José Enrique Rodó

Nació en la ciudad de Montevideo el 15 de Julio de 1871. Su padre, José Rodó y Janer, era de origen catalán y se había establecido en Uruguay como comerciante. Esa actividad le había permitido tener un pasar económico próspero y forjar relaciones significativas con algunos de los principales exponentes culturales y políticos de ese país⁸.

Aunque algunos de sus biógrafos afirmaron que su primer acercamiento a las letras se produjo de manera autónoma cuando tenía solamente cuatro años⁹, se sabe que contó con distinguidos maestros particulares, como Pedro José Vidal. A los diez años ingresó en un liceo típicamente moderno y positivista, llamado “Ilbio Fernández”¹⁰. De allí tuvo que retirarse cuatro años más tarde, cuando falleció su padre y la situación de su familia impidió

⁵ DEVÉS VALDÉS, EDUARDO; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad; Tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*; Buenos Aires; Biblos; 2000; p. 25.

⁶ ZALDUMBIDE, GONZALO; *Cuatro grandes clásicos americanos*; Buenos Aires; Academia Nacional de Letras; 1947; p. 7.

⁷ PIÑEIRO IÑIGUEZ, CARLOS; *Pensadores latinoamericanos del siglo XX*; Buenos Aires; Siglo XXI; 2006; p. 731.

⁸ *Ibidem*, p. 728.

⁹ *Ibidem*, p. 728.

¹⁰ BENEDETTI, MARIO; *Genio y figura de José Enrique Rodó*; Buenos Aires; EUDEBA; 1966; p. 13.

seguir pagándolo. Su formación continuó en un liceo público. Su trabajo estudiantil fue siempre desordenado: siendo muy capaz en historia y literatura, se mostraba escasamente preparado en las ciencias duras¹¹.

La difícil situación económica lo forzó a trabajar. En 1885 ingresó en una escribanía, y en 1891 en el Banco de Cobranzas. Finalmente, en 1894 se vio obligado a abandonar sus estudios de bachillerato, convirtiéndose en un autodidacta.

Uno de los grandes giros de su vida profesional se dio en 1895. En aquel año fundó, conjuntamente con Víctor Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*¹². Si bien ya había publicado algunos poemas y críticas en periódicos de su país, la *Revista* tuvo una importancia fundamental. En primer lugar, ayudó en la introducción del modernismo en el Uruguay; y, además, le permitió darse a conocer en otras latitudes de América y en España y forjar relaciones con muchos de los principales literatos de la época¹³. Allí escribieron figuras como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Bartolomé Mitre, José Santos Chocano, Ricardo Palma, Rafael Obligado, Salvador Rueda, Rufino Blanco Fombona, Ricardo Jaime Freyre, Leopoldo Díaz y Manuel Ugarte, entre otros¹⁴.

José Enrique Rodó también fue docente en la Universidad de la República, Director Interino de la Biblioteca Nacional, y diputado por el partido colorado en tres oportunidades (1902, 1908 y 1911). En su labor política siempre expresó una visión panorámica y fuertemente legalista de la organización del país, anteponiendo el interés del Estado sobre el del propio partido, y prestando especial atención a los hechos culturales¹⁵.

¹¹ *Ibidem*, p. 14.

¹² *Ibidem*, p. 22.

¹³ ETCHEVERRY, JOSÉ ENRIQUE; *La "Revista Nacional"*, en AAVV; *La literatura uruguaya del 900*; Montevideo; Ediciones Número; 1950; p. 279

¹⁴ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; pp. 729-730.

¹⁵ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 50.

Pese a sus múltiples actividades, trascendió principalmente por su labor literaria. *El que vendrá*, publicado en junio de 1896 en la *Revista Nacional*, fue su primer trabajo de resonancia. Un año después publicó *La novela nueva*, y juntos constituyeron el primer opúsculo de *La vida nueva*. La segunda parte de esa obra fue su estudio sobre Rubén Darío, que lo consagró definitivamente en el continente americano a partir de que el nicaragüense lo incluyó como prólogo a la segunda edición de *Prosas Profanas*¹⁶. Como tercera entrega de *La vida nueva* apareció *Ariel*. En 1909 apareció *Motivos de Proteo* y en 1913 *El mirador de Próspero*, su última obra.

Caras y Caretas cumplió su sueño de ser enviado a Europa, donde trabajó como corresponsal para retratar la situación de la posguerra. Falleció en Italia a las 10 a.m. del 1º de mayo de 1917. La noticia se conoció en Montevideo dos días más tarde. Sonaron sirenas en los diarios, todas las instituciones públicas y privadas celebraron sesiones extraordinarias para adherir a los homenajes proyectados, y el Municipio de la ciudad resolvió dar el nombre “Rodó” a su parque principal. Nunca el fallecimiento de un hombre de letras había provocado una consternación tan unánime y sincera¹⁷.

El clima político y cultural de Ariel

Para comprender la obra es fundamental conocer brevemente el contexto en que fue concebida.

Entre 1870 y 1914 América Latina conoció una época de gran crecimiento. Superados los conflictos que se habían desatado entre y dentro de las nuevas naciones a raíz de las luchas por la independencia, la región consiguió una mayor estabilidad política. Ésta, a su vez, favoreció a la economía.

¹⁶ MORAÑA, MABEL; *José Enrique Rodó*; en Iñigo Madrigal, Luis (coord.); *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II: Del neoclasicismo al modernismo*; Madrid; Ediciones Cátedra S.A.; 1987; pp. 657-658.

¹⁷ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 79.

El clima más sereno permitió el ingreso de capital extranjero que, generalmente, se dio en forma de préstamos o inversiones directas en el comercio, el transporte y el sector primario. Sumados a las características naturales de la región y a la creciente industrialización europea, los inversores convirtieron a América en una región destinada a la exportación de materias primas y bienes básicos. Esta orientación primaria ocasionó un fuerte condicionamiento y una creciente dependencia de los países latinoamericanos respecto de los más industrializados.

Distinto fue el caso de los Estados Unidos, que cobró un rol cada vez más protagónico en la escena económica mundial. Aunque siempre se había sentido interesado en la región, no fue sino hasta el fin de siglo XIX que tuvo la oportunidad de ver realmente concretadas sus aspiraciones intervencionistas: la explosión del acorazado Maine en el contexto de la guerra por la independencia de Cuba le dio la excusa perfecta para inmiscuirse. Por el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, Puerto Rico pasó a ser dominio de los Estados Unidos y un gobernador provisional se hizo cargo de Cuba. Menos de tres años después, en noviembre de 1903, el Tratado Hay-Bunau Varilla, le otorgaba a el permiso para comenzar las obras del Canal de Panamá, oportunamente separado días antes de Colombia¹⁸.

En lo sucesivo, y con la bandera del panamericanismo como lema, Estados Unidos procuró potenciar sus relaciones económicas con la región. Sin embargo, al sur del continente, esta actitud fue interpretada como pura hipocresía: los latinoamericanos parecían advertir con cruel claridad que las acciones del norte solo eran justificativos para la conquista de muy concretas ventajas para sus intereses¹⁹. Hacia fines de siglo, Estados

¹⁸ Un estudio extenso sobre el contexto político y económico americano excede los objetivos de este trabajo. Para ahondar en estos datos pueden consultarse, por ejemplo, las obras compiladas por Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, editadas por la Universidad de Cambridge; como así obras específicas sobre los Estados Unidos realizadas en los últimos años, como las emprendidas por Aurora Bosch y Thomas Bender.

¹⁹ HALPERIN DONGHI, TULIO; *Historia Contemporánea de América Latina*; Buenos Aires; Alianza Editorial; 1986; p. 259.

Unidos dejó de ser el ejemplo de progreso, capitalismo, desarrollo económico y social, para convertirse en una real amenaza. La “era de los buenos sentimientos” que había regido las políticas norteamericanas para la América del Sur tras la doctrina Monroe no tardó en ser sustituida por “el garrote” de Roosevelt²⁰.

En el campo cultural, los años que se suceden entre 1890 y 1910 estuvieron relacionados con el denominado “espíritu de fin de siglo”, esa sensación decadentista de pérdida de sentido del mundo y de la existencia. Desde la ciencia, este “clima” se vio legitimado por las leyes de la termodinámica, que sostuvieron que el universo experimentaba una pérdida irremisible de energía; y, por la teoría darwiniana que, en contra de la religión judeo-cristiana, resaltaba la animalidad del hombre. En el plano económico-social, la modernidad había impuesto el criterio del número sobre la calidad, mientras el desarrollo del capitalismo había comenzado a fracturar el cuerpo social y dejado al individuo abandonado a sí mismo. Una considerable fracción del campo intelectual atribuyó esta crisis al “exceso de civilización” producido por las consecuencias negativas de la modernidad y de algunos de sus valores fundamentales: la Razón, la ciencia, y, por ende, la filosofía positivista²¹.

Mientras filosóficamente ese “espíritu” se traducía en la “muerte de Dios” de Nietzsche, en el terreno estético plástico se dio paso desde el realismo del naturalismo al impresionismo, y en literatura surgieron las escuelas decadentista y simbolista. En Hispanoamérica, a su vez, surgió un nuevo estilo literario de la mano de Rubén Darío denominado “modernismo”.

²⁰ BECERRA, EDUARDO; “Del idealismo a la utopía: el pensamiento hispanoamericano tras el 98”; *Anales de Literatura Hispanoamericana*; n° 28; Madrid; Universidad Complutense; 1999; p. 103.

²¹ TERÁN, OSCAR; *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2008; pp. 155-157.

Éste, más que un movimiento, fue un período²². Durante su vigencia, se recogieron las inquietudes del fin de siglo y se propuso cambiar profundamente las letras finiseculares de lengua española en América. La base fue la renovación literaria y artística de Europa (especialmente de Francia) después del amortecimiento romántico²³. Fue en dos nuevas corrientes donde estos jóvenes escritores latinoamericanos encontraron los elementos que necesitaban para actualizar su literatura con nuevos procedimientos: en el parnasianismo francés hallaron la perfección de las formas, y en las maneras simbolistas, la musicalidad²⁴.

Su valor fundamental fue la belleza, entendida como oposición a lo útil. Desde esa visión, despreció los valores utilitarios, pragmáticos y materialistas, transformando al modernista en el polo opuesto del burgués. A ese carácter “idealista anti-economicista” se le sumó una tendencia cosmopolita que, sin embargo, nunca obstaculizó una reflexión identitaria, permitiendo el surgimiento tanto del hispanismo cuanto del latinoamericanismo. En esa línea se produjo una suerte, si no de antiimperialismo, si de reacción de protesta, indignación y confrontación contra el expansionismo norteamericano²⁵.

Resulta complicado analizar la relación que José Enrique Rodó tuvo con el modernismo. Teniendo en cuenta la descripción recién mencionada, pueden encontrarse en la obra del uruguayo varios puntos en común con el nuevo movimiento.

Desde lo literario, en *Ariel* pueden rastrearse la búsqueda de la perfección de las formas y el valor superlativo atribuido a la belleza. Sin embargo, es sobre todo en el plano de las ideas donde se encuentran las principales similitudes, ya que en la obra del uruguayo hay un fuerte componente idealista anti-utilitarista.

²² RAMA, ÁNGEL; “La modernización literaria latinoamericana (1870-1900)”; *Hispamérica. Revista de Literatura*; n° 36; Ediciones Hispamérica; 1983; p. 4.

²³ ARRIETA, RAFAEL ALBERTO; *Introducción al Modernismo literario*; Argentina; Editorial Columba; 1956; p. 37.

²⁴ ANDERSON IMBERT, ENRIQUE; *Historia de la Literatura hispanoamericana*. Tomo I: La colonia. 100 años de República; Méjico; Fondo de Cultura Económico; 1954; p. 397.

²⁵ TERÁN; *op. cit.*; pp. 158-159.

Más allá de las comuniones de pensamiento, es posible que la clave para interpretar esta relación esté en el hecho de que Rodó fue un crítico literario. Como tal, la visión que el uruguayo tenía sobre el modernismo fue cambiando a través de sus escritos. En *El que vendrá* el autor expresó su reconocimiento a la nueva escuela, enfatizando, a su vez, la importancia de la tradición literaria europea²⁶. En la segunda parte de *La vida nueva*, publicada en 1899 (un año antes de la publicación de *Ariel*), escribió su estudio crítico sobre *Prosas Profanas* de Rubén Darío. Allí afirmó que se consideraba un modernista. Alegaba que sentía la pertenencia a la resistencia que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, conducía a disolverse en concepciones más altas²⁷. En esa misma obra, sin embargo, también expresó ciertas reservas respecto a los “imitadores” de Darío: “*la obra frívola y fugaz de los que imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores*”²⁸.

Extraer una conclusión de este planteo excede los objetivos del trabajo, pero sí resulta fundamental subrayar que más allá de las similitudes o diferencias el modernismo fue la base del contexto literario en el que José Enrique Rodó vivió y concibió su obra.

Este esquema del contexto político y cultural de América Latina hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX explica claramente por qué una obra como *Ariel* habría de tener tanta resonancia.

Analizando el punto de vista político, el avance de los Estados Unidos trajo como consecuencia inmediata la necesidad de construir una imagen de Hispanoamérica que subrayara su distancia y su singularidad respecto a “la potencia del norte”²⁹. Desde el ámbito estético, el fin de siglo había expuesto el fracaso del modelo liberal y utilitario. En

²⁶ MORAÑA; *op. cit.*; p. 657.

²⁷ *Ibidem*; p. 658.

²⁸ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 40.

²⁹ BECERRA; *op. cit.*; p. 103.

América, la literatura era un fiel espejo del lamentable estado de la juventud de aquel tiempo, que vivía en una hora de “*desaliento y vacilación espiritual*”³⁰.

Ariel va a convertirse en una obra clave no solo porque supo captar la crisis de la época en estos dos aspectos recién mencionados, sino porque tuvo la habilidad de proponer un mensaje que la intelectualidad latinoamericana necesitaba escuchar.

Las ideas en *Ariel*

Antes de realizar el análisis de los temas que se abordan en *Ariel* resulta importante situarlo dentro de los géneros literarios. Existió una gran discusión en cuanto al género que ocupaba la obra. Debido a que realizar un extenso estudio de tipo literario excede el fin de este trabajo, he decidido reseñar a algunos de los principales autores que han analizado la obra. Por ejemplo, Carlos Real de Azúa lo denominó “sermón laico”, Rodríguez Monegal como epistolario y discurso³¹, y Marcos Victoria como un ensayo comprometido que tiene la curiosidad de contener la forma de un prolongado sermón laico³². Ette Ottmar, por su parte, encontró en la obra una compleja estructura arquitectural que presenta tres niveles: en el primero, el fundamento ficcional; en el segundo, el discurso de Próspero; y, en el tercero, dentro del discurso, sitúa los rasgos ensayísticos, pero, también, los elementos dramáticos, las parábolas, los cuentos, los discursos académicos, los diálogos filosóficos, etc.³³. Desde un ángulo diferente, Carlos Altamirano propuso situar a *Ariel* dentro de la “literatura de las ideas”. Siguiendo esta tesis, existen algunos textos que son “objetos de fronteras”, que

³⁰ PÉREZ PETIT, VÍCTOR; *Rodó. Su vida y su obra*; Montevideo; Claudio García y Cnia. Editores; 1937; pp. 163-164.

³¹ GARCÍA MONSIVAIS, BLANCA M.; “Entornos, contornos y contextos literarios de Ariel. José Enrique Rodó y el ensayo”; *Escritos. Revista del Centro del Lenguaje*; n° 28; Méjico; Universidad Autónoma de Puebla; 2003; p. 92.

³² VICTORIA, MARCOS; *Teoría del ensayo*; Buenos Aires; EMECÉ; 1975; p. 111.

³³ ETTE, OTTMAR; “Así habló Próspero. Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de Ariel”; *Cuadernos hispanoamericanos*; n° 528; Madrid; Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo; 1994; p. 49.

están en el linde de varios intereses y disciplinas. Dentro de este nuevo género pueden situarse desde los textos de intervención directa en el conflicto político o social hasta las expresiones más libres que resisten la clasificación de ensayo. Señaló el autor que “*lo común a todas las formas del discurso “doxológico” es que la palabra se enuncia desde una posición de verdad, no importa cuanta ficción alojen las líneas de los textos*”³⁴.

Las influencias que José Enrique Rodó recibió para componer su obra fueron muy variadas. Obviamente, se basó en los personajes de *La Tempestad* de Shakespeare, como también lo había hecho Ernest Renan cuando escribió la continuación de la obra shakesperiana en 1878, y Rubén Darío cuando bajo el título *Calibán* escribió un artículo atacando a Estados Unidos desde *El Tiempo* de Buenos Aires³⁵.

Rastrear el conjunto de pensamientos que influyeron en el uruguayo es una tarea ardua. Carlos Piñeiro Iñiguez señala que él declaraba: “*mis dioses son Guyau, Renán, Taine, los pensadores, los renovadores de ideas, y para el estilo, Saint-Victor, Flaubert, el citado Renán*”. Pero los estudiosos también han encontrado huellas de Emerson, Maeterlinck, Macaulay, Bergson, Amiel, Saint-beuve, Carlyle, William James, Ibsen, Hartmann, Barres, Montaigne, Dostoievski, Nietzsche, Anatole France, Baudelaire, Gautier y hasta Platón y Marco Aurelio³⁶.

Solamente en *Ariel* pueden encontrarse referencias a estos y otros autores o pensadores, como: Goethe, Víctor Hugo, Homero, Michelet, Chateaubriand, Bourget, Lemaire, Wizewa, Ward, Deschamps, Comte, Kant, Bagehot, Séneca, Nerón, Pitágoras, Alberdi, Rousseau, Emerson, Nietzsche, Tocqueville, Cicerón, Poe, Spencer, Pascal, Stuart Mill, Franklin, Quinet, Hartmann. Además puede evidenciarse su admiración por la cultura helénica y su gran conocimiento de la cultura cristiana.

³⁴ ALTAMIRANO, CARLOS; *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2005; pp. 15-16.

³⁵ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 738.

³⁶ *Ibidem*; p. 738.

Haciendo referencia a *Ariel* estrictamente, debe señalarse que se trata de una obra breve, que no excede las 100 páginas. En lo que respecta a su composición, contiene una introducción y seis apartados sin título en los que va desarrollando distintos temas, principalmente, filosóficos y políticos. Puede concebirse a la obra de forma circular, ya que en la introducción y el cierre de la misma se presenta un entorno ficticio, que le permite al autor desarrollar, desde la forma de un aparente monólogo (que en realidad presenta más la estructura de un ensayo), los temas que aborda a lo largo de los capítulos.

El tema central es la oposición entre Ariel, considerada como “*la parte noble y alada del espíritu (...) (...) el imperio de la razón*”³⁷ y Calibán juzgado “*símbolo de sensualidad y de torpeza*”³⁸. Estos dos personajes son las imágenes que Rodó eligió para desarrollar el nudo de su obra: el presente de América gobernada por Calibán y la esperanza de que la misma sea en el futuro próximo gobernada por Ariel. Su objetivo era lograr, mediante la difusión de su obra, orientar a la juventud para que corrigiera el presente del continente.

La introducción, titulada “*A la juventud de América*”, presenta a los personajes y el escenario. El maestro Próspero y sus jóvenes discípulos se encuentran reunidos, junto a la estatua de Ariel, para compartir una última charla.

Esta primera parte es fundamental. No solo sirve de presentación para el marco en el que se desarrollará la obra, sino que enuncia a sus destinatarios. Según Arturo Ardao, “*la juventud de América*” hace referencia a un doble objeto. En primer lugar, el término juventud refiere a los jóvenes de América, es decir, a los concretos integrantes individuales de sus generaciones nuevas; y, en un segundo sentido refiere a América misma como

³⁷ RODÓ, JOSÉ ENRIQUE; *Ariel*; Madrid; Mestas Ediciones; 2002; p. 23

³⁸ *Ibidem*; p. 24.

agrupación de pueblos jóvenes, como entidad histórica y cultural de América: cualidad vital de América, ella misma joven³⁹.

Puntualizando en el primero de esos destinatarios (la juventud como integrantes de generaciones nuevas) puede hacerse un paralelismo entre la ficción presente en la obra y la realidad que vivía su autor: Rodó (o Próspero) se propone educar a la juventud latinoamericana (o los discípulos) en los distintos temas que se van desarrollando a lo largo de esos seis apartados, con el fin de que ellos –jóvenes y/o discípulos- puedan convertir a América en la tierra de Ariel. Afirma Próspero: *“Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser pedestal de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración”*⁴⁰.

En una carta dirigida a Enrique José Varona⁴¹ el 7 de mayo del 1900, Rodó, refiriéndose a la obra que le adjuntaba, afirmaba:

*“(…) Me han inspirado para hacerlo, dos sentimientos principales: mi amor vehemente por la vida de la inteligencia y, dentro de ella, por la vida del arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de raza: mi pasión de latino, que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamental en su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora (…)”*⁴².

³⁹ ARDAO, ARTURO; *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*; Caracas; Monte Ávila Editores S.A.; 1978; p. 126.

⁴⁰ RODÓ; *op. cit.*; p. 121.

⁴¹ Escritor, filósofo y pedagogo cubano (1849-1933).

⁴² SKIRIUS, JOHN; *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*; Méjico; Fondo de Cultura Económico; 1981; p. 61.

Este extracto epistolar resulta fundamental para entender a *Ariel*. Es en esos dos propósitos señalados donde se encuentran las dos partes en las que puede dividirse el ensayo.

La primera corresponde a los tres primeros apartados. En ellos, el tema que reviste mayor importancia es la educación de la juventud.

Aunque el rol primordial que autor atribuyó a la misma quedó explicitado con la dedicatoria y el marco ficticio que eligió para su obra, en la primera parte del libro le agregó un fundamento filosófico al afirmar que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos “*es un género de oratoria sagrada*”. El uruguayo sostenía que el espíritu joven “*es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación*”⁴³. Esta idea permite comprender por qué deposita en las jóvenes generaciones toda su esperanza. Rodó estaba convencido de que América necesitaba de su juventud, y por eso se dirigió a ella con el fin de orientar su espíritu y su razón⁴⁴.

Con una visión tan optimista y con una tarea tan ardua por cumplir, resulta lógico que se interesara particularmente por la educación. Por esta razón, el segundo apartado se refiere a la importancia de cultivar todas las facultades humanas, con el fin de no descuidar lo espiritual en desmedro de lo utilitario. Advertía Rodó que existía un concepto de educación, falso y vulgar, que se subordina exclusivamente al fin utilitario, mutilando, consecuentemente, la integridad de los espíritus y proscribiendo de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal. Este tipo de enseñanza es juzgado como sumamente peligroso, ya que preparaba para el porvenir espíritus estrechos⁴⁵.

Si bien la obra se maneja en un tono idealista, y son prácticamente nulas las referencias a la realidad latinoamericana, el autor era conciente de su contexto y dejaba

⁴³ RODÓ; *op. cit.*; p. 25.

⁴⁴ *Ibidem*; p. 36.

⁴⁵ *Ibidem*; p. 38.

entrever su preocupación por el fenómeno de modernización que estaba atravesando el continente. En este sentido, llamaba la atención sobre como era en los tiempos y en las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura donde era más peligrosa esa limitación de espíritus⁴⁶.

El tercer apartado se refiere a la importancia de la estética y su relación con la ética. Para Rodó, a medida que la humanidad avanzara “*se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de la armonía*”⁴⁷. Debido a esto, consideraba que la educación debía brindar al alma una estimulación armónica y perfecta, para que el sentimiento de lo bello sea una misma cosa con la fuerza y rectitud de la razón⁴⁸.

La segunda parte de la obra esta integrada por los siguientes dos apartados. En el primero, se analiza de forma abstracta al utilitarismo y la democracia; y, en el siguiente, se los encarna en los Estados Unidos. Esta es la parte principal de *Ariel*, ya que es donde se encuentra el mensaje que más hondamente caló en los jóvenes intelectuales de la época, cada vez más preocupados por el avance de los Estados Unidos y más interesados en vislumbrar su propia identidad latina, opuesta al modelo sajón.

En el cuarto apartado Rodó definió al utilitarismo y a la democracia. Teniendo en cuenta que el siglo XIX fue tanto el siglo de la ciencia, con sus incesantes revelaciones prodigiosas, como el siglo de la democracia, con la consecuente masificación y búsqueda de igualdad, era lógico que estos dos conceptos estuvieran para el autor íntimamente relacionados⁴⁹. Rodó sostenía que la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas eran, junto a las revelaciones de las ciencias de la naturaleza, las causas del utilitarismo⁵⁰. Afirmaba que existe una concepción de la vida racional que se fundaba en el

⁴⁶ *Ibidem*; p. 39.

⁴⁷ *Ibidem*; p. 52.

⁴⁸ *Ibidem*; p. 55.

⁴⁹ RAMA; *op. cit.*; p. 120.

⁵⁰ RODÓ; *op. cit.*; p. 62.

libre desenvolvimiento de la naturaleza humana y que, por ende, incluía entre sus fines el que se satisfacía con la contemplación de lo hermoso. A ésta se oponía la concepción utilitaria *“por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés”*⁵¹.

Su concepción de la democracia estaba teñida de una visión antagónica, que se planteaba en la oposición entre el número y la calidad. Este antagonismo era un planteo común en la época en que vivió Rodó, ya que las posibilidades y peligros de la democracia eran considerados como un problema⁵². Por ejemplo, en relación al caso de América, el autor denunciaba que el presuroso crecimiento de las democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita exponía a los peligros de la degeneración democrática, debido a la presión que la fuerza ciega del número ejercía a la noción de calidad:

*“(…) al instituir nuestra democracia la universalidad y la igualdad de derechos, sancionaría, pues, el predominio innoble del número si no cuidase de mantener muy alto la noción de las legítimas superioridades humanas y de hacer de la autoridad vinculada al voto popular no la expresión del sofisma de la igualdad absoluta, sino la consagración de la jerarquía, emanando de la libertad (…)”*⁵³.

De esta cita se desprenden, además, otros dos conceptos. Por un lado, la idea de perfectibilidad del sistema democrático. Rodó no tenía una visión negativa del sistema en sí, sino que era crítico de sus imperfecciones. Consideraba que el espíritu de la democracia era un principio de vida contra el que el hombre no debía revelarse, pero advertía que las

⁵¹ *Ibidem*; p. 61.

⁵² MORAÑA; *op. cit.*; p. 659.

⁵³ RODÓ; *op. cit.*; p. 67.

fallas que se ocasionaban en la forma histórica de su época generaban descontentos⁵⁴. Como señala Víctor Pérez Petit, en la visión del autor uruguayo “*la democracia será la fórmula del porvenir, ya que no puede aún considerarse la democracia existente en nuestras nacionalidades una institución perfecta y definida*”⁵⁵.

El otro concepto que surgía de la anterior cita era su idea elitista de la democracia. Aseguraba que la democracia admitía siempre un elemento aristocrático, por el que se establecía la superioridad de los mejores. Este punto coincidía plenamente con la primera parte de la obra, en la que el autor repetía constantemente la importancia de educar a las poblaciones íntegramente, sin descuidar su aspecto intelectual ni espiritual. Rodó no era anti-democrático, y por eso consideraba que esa elite debía asegurarse sobre el consentimiento libre de los asociados⁵⁶.

Aunque solo el quinto apartado está consagrado a los Estados Unidos, se ha conservado como la faceta más conocida del discurso de Próspero⁵⁷. El ‘americanismo’ es definido en la obra como la fórmula que se desprende de la concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la producción social⁵⁸. A partir de esta definición, encarnaba en los Estados Unidos los peores vicios contra los que había prevenido a lo largo de su obra.

Sin embargo, su visión de Norteamérica no era enteramente negativa. En *Ariel*, declaró que no amaba a los Estados Unidos, pero los admiraba. Les reconocía haber hecho surgir el concepto moderno de libertad, haber demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la autoridad de una república, haber revelado con su organización federativa como se puede conciliar el brillo y el poder de los estados

⁵⁴ *Ibidem*; p. 72.

⁵⁵ PÉREZ PETIT, VÍCTOR; *La crítica de la cultura en América Latina*; Caracas; Editorial Ayacucho; 1985; p. 175.

⁵⁶ RODÓ; *op. cit.*; p. 76.

⁵⁷ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 100.

⁵⁸ RODÓ; *op. cit.*; pp. 81-82.

más grandes con la felicidad y la paz de los más pequeños, y haber dado a cada hombre la noción de ser artífice de su destino.

Su problema no radicaba en lo que los Estados Unidos eran en sí mismos, sino en su difusión. Consideraba que aspiraban al primado de la cultura universal y a la dirección de las ideas, considerándose como los hacedores de la civilización que prevalecerá⁵⁹. En este sentido, Hispanoamérica ya no era para el autor una “tierra de gentiles”. Le preocupaba hondamente la admiración que la grandeza y la fuerza estadounidense habían suscitado en las jóvenes naciones latinas, ya que no solo habían calado en el espíritu de los dirigentes, sino que incluso lo habían hecho más hondamente en el de las muchedumbres⁶⁰. Debido a esto puede afirmarse que es a los latinoamericanos a quienes el maestro previene particularmente del peligro de la contaminación⁶¹.

El modelo propuesto por Estados Unidos era considerado étnicamente contrario a la raza latina y moralmente adverso a su idealidad. Si el autor ejemplificaba los vicios encarnándolos en aquel país, era porque temía que los demás pueblos de América se desnaturalizarán.

Entonces, ¿cómo habrían los latinoamericanos de resistir la influencia de Estados Unidos?, mediante lo único que los hacía distintos a todos los demás: su forma de ser latinoamericana. Rodó señalaba que:

⁵⁹ *Ibidem*; p. 82.

⁶⁰ *Ibidem*; p. 82.

⁶¹ PÉREZ PETIT; *Rodó*; p. 183.

“(...) falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la ‘personalidad’. Pero, en ausencia de esa indole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos –los americanos latinos- una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro (...)”⁶².

Resulta sumamente interesante señalar que el autor uruguayo definía a los latinoamericanos como “americanos latinos”. De esta forma, en el debate en torno a qué componentes configuran la identidad propia de los habitantes de nuestro continente, Rodó se decidía por la integración del componente español y el de los pueblos autóctonos precolombinos.

El sexto apartado es el último de la obra. Por ende, presenta el cierre de los dos niveles que la componen: por un lado, siguiendo con la estructura ensayística, resalta la importancia del porvenir en América; y, además, cierra el marco ficticio abierto en la introducción.

El autor era consciente de que su obra denunciaba los problemas del presente, pero que, a su vez, proponía un objetivo que solo podía ser realizado en un futuro. Le preocupaba que el continente avanzase hacia un porvenir de crecimiento económico y fastuosidad en las grandes ciudades, que provocase un vacío del espíritu. Por esta razón, les habla explícitamente a sus lectores: *“yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel”⁶³.*

⁶² RODÓ; *op. cit.*; p. 85.

⁶³ *Ibidem.*; p. 118.

Para finalizar el discurso se afirma: “*Así hablo Próspero*”. Desde la ficción, entonces, se retoman los personajes que no tuvieron participación alguna en el desarrollo del monólogo del maestro. Los discípulos salen del lugar donde se hallaban reunidos y revelan habitar una populosa ciudad latinoamericana. Caminan en silencio por sus calles ruidosas, hasta que el más joven de todos ellos sentencia: “*Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto*”⁶⁴.

La recepción de las ideas: el arielismo

A lo largo de toda su vida, José Enrique Rodó fue consecuente su pensamiento y sus acciones apuntaron a conseguir aquello que creía mejor para Hispanoamérica.

Preocupado por la educación de la juventud, no solamente le dedicó gran parte de su *Ariel*, sino que se volcó a la docencia. Consternado por las consecuencias que un mal modelo democrático podían dejar en las sociedades latinas, alertó sobre eso en su obra, pero también fue diputado en tres ocasiones y escribió en periódicos a favor de los candidatos que él considera más idóneos para dirigir su país. Pero, sobre todo, fue en su convicción de que América podía cambiar gracias a sus generaciones jóvenes donde se vio su mayor esmero. No solo escribió *Ariel* y lo difundió con su puño y letra, sino que también procuró unir a aquellos jóvenes intelectuales que veía capacitados para llevar adelante esa misión.

Ariel fue, en definitiva, un libro de propaganda que llamaba a los jóvenes para que respondieran a estos cambios propuestos y transformen a América Latina. La obra se convirtió en “*la primera plataforma de lanzamiento para otros planteos posteriores*”⁶⁵, que encontrarían eco en el llamado “círculo arielista”, una red intelectual que, como veremos a continuación, se formó en la primera década del siglo XX en la mayoría de los

⁶⁴ *Ibidem*; p. 122.

⁶⁵ MORAÑA; op. cit.; p. 660.

países de Latinoamérica. Un grupo numeroso de jóvenes adoptó el mensaje de Rodó y comenzó a reflexionar sobre esos mismos temas.

CAPITULO II
Tras los pasos de Rodó:
“el círculo arielista”

En una carta que José Enrique Rodó envió a Miguel de Unamuno, haciendo referencia a su obra *Ariel*, le confesaba:

“(...) es, como usted verá, obra de acción, si así puede decirse; he querido hablar a la juventud a la que pertenezco, a la juventud de América, sobre ideas cuyo interés y oportunidad me parecen indudables; y, si no pareciera una aspiración presuntuosa, agregaría que he ambicionado iniciar, con mi modesto libro, cierto movimiento de ideas en el seno de aquella juventud, para que ella oriente su espíritu y precise su programa dentro de las condiciones de la vida social e intelectual de las actuales sociedades de América (...)”⁶⁶.

En este fragmento, el autor reconocía su intención de crear un “*movimiento de ideas*”. Sus esfuerzos en dicho sentido se vieron realizados con la conformación del “círculo arielista”, una red intelectual integrada por autores latinoamericanos que, en mayor o menor medida, se vieron influenciados por las ideas expresadas por el maestro uruguayo.

El arielismo fue un fenómeno tan amplio, que resulta complicado situarlo temporalmente. Su influencia comenzó en el mismo momento en que la obra fue concebida, ya que su lectura trascendió los límites de la capital uruguaya y se conocieron ediciones en otras partes del continente y de Europa: “*desde 1900 a 1911, la obra alcanzó nueve ediciones: 4 en Montevideo, 1 en Valencia, 1 en Santo Domingo, 1 en la Habana y 2 en*

⁶⁶ RODÓ; *op. cit.*; p. 12.

Méjico”⁶⁷. El apogeo de la red ocurrió entre la década de 1910 y de 1920, cuando los principales autores que la componían publicaron sus más reconocidos trabajos. Su ocaso ocurrió hacia 1930, cuando comenzó una nueva propuesta modernizadora en Latinoamérica orientada hacia la industrialización⁶⁸.

Espacialmente, el movimiento fue una corriente de pensamiento que tuvo adeptos en la mayoría de los países de Latinoamérica. Los más importantes arielistas fueron Alcides Arguedas de Bolivia; Pedro Henríquez Ureña de la República Dominicana; Carlos Arturo Torres de Colombia; los mejicanos Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes; los peruanos José de la Riva Agüero, Víctor Belaúnde, Francisco García Calderón y Pedro Zulen; Rufino Blanco Fombona de Venezuela; y Manuel Ugarte, Ricardo Rojas de Argentina.

Entre los pocos autores que se abocaron al estudio del arielismo existen interpretaciones muy distintas. Luis Alberto Sánchez, por ejemplo, distingue entre “arieles” y “calibanes”. A los primeros, los juzga por solo enarbolar el cartel de Rodó: *“vocearon idealismo, sin practicarlo. La libertad fue dogma en sus manos. La democracia, oligarquía autocrática. El porvenir, estaba en su pasado. Y el americanismo... se retrovierte en colonialismo y eruditismo, en ciego culto al pasado”*⁶⁹. De los calibanes, afirma que siguieron fieles a Rodó, pero los tiempos habían cambiado y su pensamiento había mutado: *“no se satisfacen con el bienestar, y admiten, como hecho incontrovertible, la lucha social... en el aspecto americano, no se limitan a lo cultural”*⁷⁰. Gonzalo Zaldumbide, en cambio, considera a la obra del uruguayo tan mesurada que afirma que a eso se debe que *“este maestro no haya dejado discípulos ni escuela alguna”*⁷¹. Eduardo Devés Valdés

⁶⁷ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 46.

⁶⁸ DEVÉS VALDÉS; *op. cit.*; p. 93.

⁶⁹ SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO; *¿Tuvimos maestros en nuestra América?*; Buenos Aires; Editorial Raigal; 1956; p. 104.

⁷⁰ *Ibidem*; pp. 105-106.

⁷¹ ZALDUMBIDE; *op. cit.*; p. 26.

presenta una tercera postura: la valoración de la red por producir una toma de conciencia de la realidad e identidad americana⁷².

La deriva política e intelectual

Antes de analizar sus ideas y contactos, resulta fundamental situarlos en el contexto histórico y cultural.

Los primeros años del siglo XX no difirieron profundamente de las últimas décadas del siglo anterior. Así, lo que apenas comenzaba a proyectarse a fines del siglo XIX, se fue acentuando cada vez con mayor profundidad a partir del 1900. Económicamente, los países industrializados continuaban buscando la satisfacción de sus necesidades expansionistas con el fin de conseguir en los países subdesarrollados tanto materias primas como nuevos mercados donde ubicar sus productos elaborados. Por lo tanto, las ciudades siguieron creciendo. Demográficamente se vieron invadidas por la inmigración europea y por las personas que, desde el interior, se acercaban a “probar suerte” en las capitales. En su infraestructura, se multiplicaron los bancos, las oficinas comerciales y financieras, y, con ellas, las calles, los cafés⁷³, los teatros y los parques.

El caso puntual de la política exterior de Estados Unidos merece una mención especial. Dentro de los sucesos de esta época destacan las numerosas intervenciones producidas en países como Cuba, Nicaragua, República Dominicana, Haití y México. Estas participaciones del gobierno estadounidense eran vistas con excesiva desconfianza por los grupos intelectuales de los países americanos. Aunque el discurso oficial solía sostener excusas que tenían que ver con la protección de ciudadanos o de valores como la democracia, cada vez más personas se iban convenciendo de que lo que realmente movía al “vecino del norte” eran sus intereses comerciales.

⁷² DEVÉS VALDÉS; op. cit.; p. 91.

⁷³ ROMERO, JOSÉ LUIS; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2001; p. 249.

Aunque la llegada del demócrata Woodrow Wilson a la presidencia en 1912 había dado a Latinoamérica la esperanza de que la participación en sus asuntos internos disminuiría. Por el contrario, las intervenciones entre 1913 y 1921 fueron a una escala mayor que en los años previos⁷⁴.

Tras la victoria sobre España en 1898, Estados Unidos había logrado confirmar su control en el Caribe: había establecido un protectorado de facto en Cuba, anexionado Puerto Rico y Hawái, y conseguido el control de Filipinas tras una guerra de conquista de tres años⁷⁵.

Como ya había resaltado José Enrique Rodó en *Ariel*, este imperio insular fue el comienzo de un nuevo tipo de dominación, que no se basaba necesariamente en la anexión formal del territorio, sino que establecía un control indirecto basado en la asimilación política, económica y cultural⁷⁶.

El hecho de que el arielismo nació a comienzos del siglo XX pero continuó hasta la década del '30 es fundamental, ya que el contexto en que vivió este grupo de intelectuales estuvo marcado por importantes transformaciones a nivel mundial.

La Primera Guerra Mundial, el surgimiento de los fascismos y la crisis económica de 1929 son algunos ejemplos de hitos que cambiaron al mundo. Al igual que en los demás continentes, en América Latina se pusieron en duda los cimientos sobre los que se había asentado hasta el momento la vida política y económica. La sensación de derrumbe de la civilización occidental fue mucho más profunda que la vivida hacia fines del siglo XIX.

En el ámbito regional la Reforma Universitaria de 1918 sacudió a las juventudes latinoamericanas. En una sociedad en expansión, la Universidad constituía un problema fundamental, y la Reforma que estalló en Córdoba y se expandió por toda Argentina y

⁷⁴ BOSCH, AURORA; *Historia de Estados Unidos 1776-1945*; Barcelona; Editorial Critica; 2010; pp. 351-352.

⁷⁵ *Ibidem*; p. 276.

⁷⁶ *Ibidem*; pp. 276-277.

América, fue una expresión de esa transformación⁷⁷. Las universidades eran por entonces socialmente elitistas y académicamente escolásticas, lo que produjo que muchos jóvenes quisieran introducir cambios en su dirección, en su plantel docente y en su rol en la sociedad. El reformismo universitario fue la expresión de un movimiento de apertura social e intelectual que servía de aglutinante a las ideologías más diversas, y que vinculó al movimiento estudiantil latinoamericano es una suerte de hermandad, inyectando un torrente nuevo en los movimientos políticos⁷⁸.

En lo que respecta al campo cultural, el proceso “modernizador” en las ciudades fue fundamental ya que permitió la extensión de la vida asociativa⁷⁹. Si bien no determinó la constelación de artistas e intelectuales del período, fue una condición imprescindible para que fuera posible un movimiento mancomunado en concepciones estéticas e ideológicas, y para que surgiera el intercambio y la discusión entre pares, medianamente generalizada y con cierta simultaneidad⁸⁰. Como señala Susana Zanetti: “*la religación, en sus numerosas variables, supone la quiebra del aislamiento, del compartimiento estanco, y para ello hacían falta bases materiales para vehicularla y una mentalidad moderna*”⁸¹.

La prensa en América Latina había existido desde la época de la revolución, pero a comienzos del siglo XX se consolidó la autonomización de su campo. En este sentido hay tres hechos que fueron claves. El primero fueron los avances tecnológicos, dado que la

⁷⁷ ROMERO; *op. cit.*; p. 47.

⁷⁸ *Ibidem*; p. 48.

⁷⁹ SÁBATO, HILDA; *Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)*; en Altamirano, Carlos (Dir); *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*; Buenos Aires; Katz Editores; 2008; p. 386.

⁸⁰ ZANETTI, SUSANA; “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”;

en Pizarro, Ana (Org.); *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura. Volume 2: Emancipação do Discurso*; Sao Paulo; Memorial da América Latina; Unicamp; 1994; p. 7.

Versión:http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/Jose_Enrique_Rodo/lib/exe/fetch.php?media=zanetti_susana_-_modernidad_y_religacion_una_perspectiva_continental_1880-1916_.pdf (29 de abril de 2012).

⁸¹ *Ibidem*; p. 7.

circulación internacional de la información (todavía en las últimas décadas del siglo XIX) tenía esencialmente la velocidad que los desplazamientos del hombre pudieran alcanzar, hasta que se produjo el tendido de un cable telegráfico transoceánico entre América y Europa”⁸². El segundo, fue que los nuevos periódicos lograron romper su dependencia del sistema político. Y, el último fue que la prensa comenzó a ser escrita por periodistas profesionales.

El arielismo: sus ideas y contactos

En este contexto histórico y cultural del continente americano, no resulta difícil entender el surgimiento de relaciones entre intelectuales de los diferentes países que lo componen. Debido a que el círculo aún no ha sido estudiado en profundidad por los especialistas, a los fines de este trabajo me propongo presentar la red y explicar brevemente cómo se dieron sus relaciones. El objetivo es comprobar la existencia de estos contactos para demostrar, en primer término, la fuerte influencia que José Enrique Rodó tuvo en los intelectuales latinoamericanos de comienzos del siglo XX; y, además, para probar como las nuevas ideas que se generaron dentro de este círculo son similares a que se abordarán durante el análisis del pensamiento de Manuel Ugarte.

Para reconstruir las actividades y el pensamiento del “círculo arielista” me propongo analizar a grandes rasgos una serie de prácticas intelectuales que pueden ser abordadas en términos de parámetros comparativos. Específicamente me propongo analizar:

- a) su formación: profesiones, lecturas;
- b) sus viajes;
- c) su relación con José Enrique Rodó;
- d) el abordaje de temas relacionados al *Ariel*;

⁸² BERGEL, MARTÍN; *Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)*; en Sader, Emir (Comp.); *La Reforma Universitaria: desafíos y perspectivas noventa años después*; Buenos Aires; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO; 2008; p. 150.

- e) su relación con interlocutores válidos de la red;
- f) los lugares donde publican.

Como se ha demostrado con la presentación de los integrantes de la red, el grupo es sumamente variado. Por esta razón, solo se utilizarán aquellos casos que, a partir de una intensa búsqueda bibliográfica, resultaron más ejemplificadores para ilustrar cada uno de los parámetros seleccionados.

A) Su formación

El primer parámetro se refiere a la formación de estos intelectuales que conformaron el “círculo arielista”. La misma, en un sentido amplio, implica tanto las lecturas realizadas por placer como la profesión que estudiaron o ejercieron. El análisis de este punto permite abordar más ampliamente los intereses comunes que los motivaron. La formación que comparten excede la obvia lectura de *Ariel* y demuestra que tuvieron preocupaciones análogas que se manifestaron en la búsqueda de respuestas a partir del conocimiento de algunos autores o del estudio de profesiones que les permitieron tener un rol activo en cada una de sus sociedades.

En la mayoría de ellos se encuentran notables similitudes. En lo que respecta a las lecturas comunes, las breves biografías de los intelectuales que presenta Carlos Piñeiro Iñiguez⁸³ permiten identificar algunas constantes. Para comenzar, hay una fuerte impronta del pensamiento clásico griego, como es el caso de Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña. También se encuentra la presencia del pensamiento francés a través de figuras como Ernest Renán, Hippolyte Taine y Henri Bergson, en los arielistas Ricardo Rojas, José Vasconcelos, Francisco García Calderón y Pedro Henríquez Ureña. Finalmente, en autores como Ricardo Rojas y Alcides Arguedas se observa la influencia del ideario krausista.

⁸³ Cfr. Piñeiro Iñiguez, Carlos; *op. cit.*

Entre sus profesiones también se encuentran coincidencias. La mayoría de ellos han estudiado Derecho o Filosofía y Letras. Más allá de sus estudios, al igual que José Enrique Rodó, este grupo de intelectuales coincide en su inclinación a la docencia. Dos casos emblemáticos los constituyen Ricardo Rojas y José Vasconcelos. El primero fue profesor, decano de la Facultad de Filosofía y Letras y luego rector de la Universidad de Buenos Aires⁸⁴. José Vasconcelos fue director de la Escuela Nacional Preparatoria, Ministro de Educación y Rector de la Universidad Nacional.

B) Sus viajes

Otro punto que se repite en cada una de las biografías es el viaje a Europa. Éste es realizado, por ejemplo, por Ricardo Rojas, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Alcides Arguedas, Francisco García Calderón, y Rufino Blanco Fombona. Las razones que los llevan a conocer el “viejo mundo” son variadas. Algunos de ellos, como es el caso de los últimos cuatro recién mencionados, los realizan como consecuencia de sus cargos diplomáticos. Otros, en cambio, lo hacen debido a cuestiones familiares.

Sin embargo, todos coinciden en reconocer la emigración como una oportunidad de adquirir nuevos conocimientos y mejores condiciones laborales. En sus ciudades natales, pese al crecimiento que se había producido, no terminaban de ver satisfechos sus deseos de superación.

A comienzos de siglo, la “meca cultural” era París. Entre el 1900 y 1914, año en que comenzó la Primera Guerra Mundial, un contingente de escritores latinoamericanos habían conformado allí una colonia estable⁸⁵. El primer grupo con relaciones constantes estuvo formado por Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, José Santos Chocano, José María Vargas Vila, Francisco Contreras, Rufino Blanco Bombona, Alcides Arguedas, Hugo Barbagelata, Alejandro Sux, Francisco y Ventura García Calderón, Joaquín Edwards

⁸⁴ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 215.

⁸⁵ COLOMBI, BEATRIZ; *Camino a la meca: escritores hispanoamericanos*; en Altamirano, Carlos (Dir.); *op. cit.*; p. 544.

Bello y Manuel Ugarte. A ellos se sumaron visitantes ocasionales o migrantes temporarios como Ángel Estrada, Ricardo Guiraldes, Enrique Larreta, Juan Pablo Echagüe, Eugenio Díaz Romero, Martín Aldao, Leopoldo Lugones, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Cesar Dominici, Cesar Zumeta, Franz Tamayo, Gabriela Mistral, Guillermo Valencia, Pedro Emilio Coll, Gonzalo Zaldumbide, Luis Urbina, Alfonso Reyes y José Juan Tablada⁸⁶. Aunque esta nómina de intelectuales excede la red de intelectuales que se aborda en este trabajo, muchos de estos nombres formaban parte del arielismo o establecieron contactos con él.

La vida de estos emigrados en la comunidad parisina prolongó las prácticas bohemias, pero también incorporó rápidamente todos los rituales de la moderna sociabilidad letrada: empresas editoriales, prólogos, siluetas, homenajes, banquetes, salones y cafés literarios se volvieron cotidianos. Los trabajos no escaseaban: las editoriales francesas, concientes del mercado asegurado en España y América Latina, inauguraron colecciones para los libros hispanoamericanos; se los convocaban como traductores; ocuparon cargos en las legaciones diplomáticas; fueron corresponsales de medios americanos; y tuvieron una importante función como críticos, consagrando tanto a los modernistas tardíos como a los nuevos escritores de vanguardia⁸⁷. Uno de los principales ejemplos de estas actividades es la *Historia de las Naciones de América Latina* de Charles Seignobos en la que participan Alcides Arguedas y Francisco García Calderón⁸⁸.

El segundo punto de encuentro más frecuente era España. La aversión que producía el avance los Estados Unidos, la afinidad idiomática y cultural, y, sobre todo un grupo de modernistas hispanoamericanos en España, acercó profundamente a las partes⁸⁹.

²² *Ibidem*; pp. 547-548.

⁸⁷ *Ibidem*; pp. 549-554.

⁸⁸ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 233.

⁸⁹ ZANETTI; *op. cit.*; p. 25.

A lo largo del siglo XX, la centralidad europea, y particularmente parisina, se irá diluyendo para ceder protagonismo a nuevas plataformas de operaciones para las elites intelectuales latinoamericanas⁹⁰. Así, aunque en menor medida, hacia la década de 1930 Buenos Aires también se convirtió en un punto de encuentro. Allí, por ejemplo, coincidieron Alcides Arguedas, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

Lo que debe destacarse de estos viajes es que, al repetirse los sitios a los que concurrían, muchos de ellos entablaron relaciones personales. Éstas estuvieron inicialmente motivadas por el acercamiento natural que les producía su nacionalidad americana; pero, posteriormente, se vieron reforzadas por la afinidad ideológica que se enmarcaba en el avance del imperialismo y en el deseo de unirse. De esta forma, la situación de exterioridad favoreció la definición de relatos supranacionales, como el latinoamericanismo, el hispanoamericanismo o el iberoamericanismo⁹¹.

C) Su relación con José Enrique Rodó

Para comprender las relaciones que surgieron dentro del grupo es fundamental entender que José Enrique Rodó cumplió el rol de una pieza clave en el surgimiento de la red.

Por un lado, buscó explícitamente contactarse con ellos. Para esto utilizó principalmente dos medios. En primer lugar, prologó sus obras. Por ejemplo, lo hizo con *De Litteris* de Francisco García Calderón⁹², con *Simon Bolívar Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos: Montalvo, Martí, Blanco Fombona, García Calderón, Alberdi* de Blanco Fombona⁹³, y con *Pueblo enfermo* de Alcides

⁹⁰ COLOMBI; *op. cit.*; p. 565.

⁹¹ *Ibidem*; pp. 545-546.

⁹² RODRIGUEZ MONEGAL, EMIR; “*América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó*”; *Cuadernos Hispaniaericanos*; n° 417; Madrid; Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo; 1985; p. 166.

⁹³ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 766.

Arguedas⁹⁴. Como reconocido crítico literario, también se encargó de comentar las obras de algunos arielistas, como el caso de *Ensayos críticos* de Pedro Henríquez Ureña⁹⁵.

Si bien no todos se relacionaron con él personalmente, el maestro uruguayo también realizó esfuerzos explícitos para lograr que los jóvenes intelectuales se conocieran entre sí. Un ejemplo muy claro lo constituyó el caso de Francisco García Calderón. El autor de *Ariel* escribió a Miguel de Unamuno y a Pedro Henríquez Ureña para ponerlos en contacto con el peruano⁹⁶. De igual forma, frente a la antología hispanoamericana que escribió Manuel Ugarte, Rodó se dirigió a él en 1907 señalándole la omisión de Francisco García Calderón en la obra⁹⁷.

Finalmente, debe señalarse el interés propio de los miembros de la red en dar a conocer la obra del maestro a los demás intelectuales. Así, Alfonso Reyes convenció a su padre de que editará a costas públicas *Ariel* en Méjico⁹⁸, y Pedro Henríquez Ureña alentó la publicación en Santo Domingo y Cuba⁹⁹. Además, en *De Litteris* Francisco García Calderón abordó la obra de Rodó, analizando su estética y la importancia de su palabra¹⁰⁰, y en *Hombres e ideas de nuestro tiempo* hizo un profundo ensayo sobre el significado del Ariel rodoniano frente al simbolismo de *La tempestad* de Shakespeare¹⁰¹. Pedro Henríquez Ureña incluso publicó un ensayo titulado *Ariel*¹⁰².

⁹⁴ *Ibidem*; p. 233.

⁹⁵ *Ibidem*; p. 699.

⁹⁶ RODRÍGUEZ MONEGAL; *op. cit.*; p. 169.

⁹⁷ *Ibidem*; p. 169.

⁹⁸ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 727.

⁹⁹ BECERRA; *op. cit.*; p. 108.

¹⁰⁰ RODRÍGUEZ MONEGAL; *op. cit.*; p. 168

¹⁰¹ RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR; “Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón”; *Número*; Montevideo; año 5, N° 23-23; 1953; p. 258.

¹⁰² DÍAZ-QUIÑONEZ, ARCADIO; “Pedro Henríquez Ureña y las tradiciones intelectuales caribeñas”; en *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura*; Número 1; Año 2008; p. 74.

D) El abordaje de temas relacionados al *Ariel*

Tal vez uno de los ítems principales que atestiguan la existencia de una red de intelectuales sea el tratamiento de temas comunes. *Ariel* es una obra compleja que aborda tópicos muy variados, pero a los fines de este trabajo pueden sintetizarse tres ideas principales que son retomadas constantemente por el grupo: la importancia de la educación, la identidad americana y la crítica al imperialismo.

El lo que respecta al tema de la educación, algunos miembros de la red no solamente se abocaron a ella como profesión, sino que la trataron en sus escritos. José Enrique Rodó abordó esta temática a lo largo de toda su obra, aludiendo principalmente a la necesidad de que la educación de la juventud sea integral, en contraposición al modelo educativo positivista, enciclopedista y materialista.

Estas notas se repiten en algunos de los autores. En *La Restauración Nacionalista* Ricardo Rojas señaló el enciclopedismo y el cosmopolitismo como males de los planes educativos; y, en *Eurindia* indicó que la educación debe apuntar al perfeccionamiento del hombre¹⁰³. José Vasconcelos se mantuvo siempre fiel al culto de lo joven y se interesó profundamente en cambiar el sistema educativo de su país. Sintetizó sus aportes educativos en el libro *De Robinson a Odiseo*, en un trabajo inspirado en la dicotomía planteada por Rodó, en la que Robinson ocupaba el lugar utilitarista de Calibán y Odiseo el del espiritual Ariel¹⁰⁴. Francisco García Calderón sostenía que la educación era un factor determinante, pero solo si se la ponía sobre nuevas bases. Para él había que terminar con el memorismo, el menosprecio de la observación, la cultura literaria sin profundas raíces clásicas, el dogmatismo, la fácil retórica, la ausencia de educación del juicio y de educación de la

Versión: <http://www.proyectoletoral.es/revista/autores.php#void>. (29 de abril de 2012).

¹⁰³ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; pp. 215-220.

¹⁰⁴ *Ibidem*; p. 550

voluntad. Afirmaba que el enciclopedismo era el vicio dominante en los programas: *“Abundan las universidades y faltan las escuelas”*¹⁰⁵.

El caso de Méjico es el más representativo no solo por la intensa labor que los arielistas mejicanos realizaron en el plano de la educación, sino por el contexto propio del país. El Porfiriato había instaurado un modelo positivista que ellos criticaron duramente y frente al que propusieron modificaciones. Para cumplir con esta tarea, Vasconcelos se rodeó de notables colaboradores externos, como Raúl Haya de la Torre, Ramón del Valle Inclán, José Eustacio Rivera, Gabriela Mistral, así como de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, que habitaban México. Todos ellos coincidían en la crítica al modelo educativo instaurado por las autoridades gubernamentales y, por esta razón, este grupo de intelectuales buscó combatir educando en lo que ellos denominan “los clásicos”, es decir, *“las cumbres del espíritu humano a través de los tiempos”*¹⁰⁶.

En lo que respecta al tema de la identidad de América, el autor uruguayo sostenía que se forjaba a raíz de la fusión del elemento hispano y el aborigen. La unión no era armónica: en su obra lo autóctono era dejado de lado, probablemente debido al poco componente indio en su país natal, mientras que el componente español era resaltado como una forma de oponer lo latino y lo sajón.

Dentro del círculo arielista, la forma de ser propia del americano fue un tema que preocupó a muchos de sus miembros. Por ejemplo, Alfonso Reyes desarrolló la idea de una “inteligencia americana” caracterizada por su inédito mestizaje¹⁰⁷. En similar sintonía, Pedro Henríquez Ureña creó el concepto de “cultura americana” como algo completamente original debido a que los americanos habían tomado lo mejor de Europa pero también habían incorporado lo autóctono: *“nuestra vida espiritual tiene derecho a sus dos fuentes:*

¹⁰⁵ *Ibidem*; p. 632.

¹⁰⁶ *Ibidem*; pp. 548-550.

¹⁰⁷ *Ibidem*; p. 525.

la española y la indígena”¹⁰⁸. Sin embargo, Francisco García Calderón fue quién más tomó las ideas del maestro uruguayo. En su obra *La creación de un continente* tomaba el nacionalismo como punto de partida para llegar a una dimensión continental que defendía el carácter latino de la tradición propia, aunque más inclinada hacia la exaltación del espíritu ibero como marca distintiva de la raza¹⁰⁹.

José Vasconcelos fue quien tuvo uno de los mayores aportes a la sustentación teórica y la autoafirmación orgullosa del mestizaje. Su principal obra fue *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, publicada en 1925. La idea central era la de una raza síntesis, que expresa al continente en un sentido socio genético y cultural. La idea de “raza cósmica” implicaba una definitiva unión del género humano que incluía a los europeos, africanos e indígenas. No se trataría de una unión producida por la simple proximidad, sino de una determinada por un encuentro voluntario, motivado por el natural gusto de consumarlo¹¹⁰.

Las diferencias dentro de este tema surgieron en torno al rol del elemento originario. Las dos posturas que mejor representan esta distinción son las de Ricardo Rojas y la de Alcides Arguedas. El autor argentino sostiene en *Eurindia* que el indio constituía la base de la cultura y de la nacionalidad¹¹¹; en cambio, en *Pueblo enfermo* Alcides Arguedas lo señalaba como el principal problema del continente debido a las características propias que poseía¹¹².

El tema de la identidad no implicaba simplemente señalar cómo se componía una forma de ser, sino que para estos autores estaba estrechamente vinculada a la idea de unificar el continente.

¹⁰⁸ *Ibidem*; p. 703.

¹⁰⁹ BECERRA; *op. cit.*; p. 107.

¹¹⁰ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; pp. 553-554.

¹¹¹ *Ibidem*; p. 211.

¹¹² *Ibidem*; p. 229.

Alfonso Reyes tuvo como una de sus preocupaciones centrales la unión de América Latina. Sostenía que una “*erosión histórica ciega*” nos había conducido a la fragmentación en tantos países y que el continente tenía que avanzar en su gran tarea aún pendiente: la constitución de la nación. No solo la reclamaba como eterna promesa del futuro, sino que apelaba a ella en su presente y señalaba concretamente que el primer problema a resolver era la incomunicación y el desconocimiento mutuo¹¹³. En un planteo similar, Francisco García Calderón se manifestaba en *La creación de un continente* a favor de la necesaria unidad americana para enfrentar a los imperialismos. Advertía que a comienzos del siglo XX era tarde para conformar una sola nación común, pero alegaba que nunca sería tarde para asociarse en grupos de naciones. En su tesis no era el ideal el que marcaba el camino, sino los elementos culturales y sociales, como la lengua, la región y las costumbres¹¹⁴.

Finalmente, el imperialismo también está presente en los autores de esta red. José Enrique Rodó no solo oponía los latinos a los sajones, sino que advertía sobre los peligros de admirar el modelo de los Estados Unidos. Mario Benedetti afirmaba que “*la labor efectiva cumplida por Ariel fue cambiar ese estado de admiración por un estado de alerta*”¹¹⁵. Estaba convencido de que, después de Bolívar, su voz había sido la más tenaz en señalar la común raíz de estos pueblos y la más optimista en reclamar una solidaridad latinoamericana frente (y no junto) al gigante del Norte¹¹⁶.

José Vasconcelos tenía la misma convicción que el uruguayo. Consideraba que la raza latina y la sajona eran antagónicas. En su discurso, lo latino era lo tendiente a la universalidad, mientras que lo sajón implicaba el predominio exclusivo de la raza blanca¹¹⁷. Francisco García Calderón sostenía que la nueva raza americana y su espíritu latino enfrentaban la asechanza del peligro norteamericano inmediato. Proponía, al igual que el

¹¹³ *Ibidem*; pp. 527-528.

¹¹⁴ *Ibidem*; pp. 634-635.

¹¹⁵ BENEDETTI; *op. cit.*; p. 95.

¹¹⁶ *Ibidem*; pp. 102-103.

¹¹⁷ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; pp. 555-556.

maestro uruguayo, no imitar a Estados Unidos y preocuparse por conocerlos para poder establecer una indispensable convivencia basada en el equilibrio: “*por razones geográficas y por su inferioridad misma, América Latina no puede renunciar a la influencia del norte sajón, a sus riquezas y a sus industrias... la defensa del sur radicará en evitar el establecimiento de monopolios y privilegios, tanto a favor de los yanquis como de los europeos*”¹¹⁸. Por último, Pedro Henríquez Ureña también abordaba este tema convencido de que los pueblos débiles habían ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces solo en la red económica, otros en la doble red económica y política.¹¹⁹

E) Su relación con interlocutores válidos

La aceptación de interlocutores válidos es necesaria en el establecimiento de cualquier red intelectual, y a esto se llega tanto por relaciones de conocimiento personal como de las obras¹²⁰.

Los americanos, lógicamente, se relacionan mucho entre sí por la afinidad idiomática y cultural, más aún si convivían en el mismo suelo. Uno de los casos más evidentes lo constituye el *Ateneo de la Juventud*. Fundado en 1909, estuvo integrado por cuatro arielistas claves: Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña. El Proyecto de Estatuto del *Ateneo* fue redactado el 3 de noviembre de 1909. En él se especificaba el carácter que procuraba tener: era una asociación cuyo objetivo sería trabajar en pro de la cultura intelectual y artística¹²¹.

¹¹⁸ *Ibidem*; pp. 629-639.

¹¹⁹ *Ibidem*; p. 707.

¹²⁰ DEVÉS VALDÉS; *op. cit.*; p. 168.

¹²¹ CURIEL, FERNANDO; *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*; México; Centro de Estudios Literarios-Universidad Nacional Autónoma de México; 1998; pp. 126-127.

El término “Ateneo” provenía de su antecesor madrileño, y el agregado “de la juventud” era consecuencia del arielismo¹²². La aparición de la obra de Rodó fue fundamental para este grupo, ya que reconocía la base hispánica de la cultura y formulaba la necesidad de que la juventud tomara las riendas¹²³.

La renovación por la que propugnaban era una crítica abierta al positivismo oficial. Querían desplazar a la gerontocracia cultural gobernante y modernizarse¹²⁴. Por esta razón, Tendieron a revivir la práctica de las conferencias¹²⁵, así como a la reapertura de la Universidad y a la fundación de la Escuela de Altos Estudios.

Sus años de mayor esplendor se produjeron entre 1909 y 1912, coincidiendo con un agitado momento político a nivel nacional¹²⁶ del que fueron activos partícipes. El *Ateneo* estuvo conformado por cerca de un centenar de miembros: “(...) *poetas en su gran mayoría (32%), pintores (16%), arquitectos y musicólogos (5%), contaba con escasos ensayistas (tres), pocos filósofos (dos), y apenas un especialista en cuestiones agrarias (...)*”¹²⁷.

El trato con autores extranjeros también era relativamente común. La relación distante que se había vivido entre América y “la madre Patria” luego de los procesos de independencia, cambió profundamente hacia fines del siglo XIX. El encuentro con España se dio en pleno contexto del expansionismo norteamericano. La guerra de 1898 y las posteriores intervenciones en Centroamérica fueron determinantes para este acercamiento. Fue con la celebración del Congreso en Cádiz en torno al I Centenario de la Constitución

¹²² *Ibidem*; p. 127.

¹²³ *Ibidem*; pp. 125-126.

¹²⁴ KRAUZE, ENRIQUE; *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*; México; Siglo XXI Editores; 1976; p. 51.

¹²⁵ *Ibidem*; p. 47.

¹²⁶ CURIEL; *op. cit.*; p. 127.

¹²⁷ KRAUZE; *op. cit.*; p. 48.

de Cádiz que se dio la consolidación del encuentro hispano-americano¹²⁸. En este contexto, la obra misma de José Enrique Rodó fue muy bien recibida en España, donde funcionó como aglutinador de este movimiento general de acercamiento. En ella se presentaba a América Latina con un destino cultural propio en el que el humanismo greco-latino y la tradición cristiana se daban la mano frente a la cultura utilitaria y positivista del mundo anglosajón. De esta forma, la reafirmación de una identidad latina unida al rechazo de la imitación al modelo del norte eran un aglutinante perfecto. Por un lado, la obra presentaba un modelo identitario que incluía la cultura greco-latina y la tradición cristiana, y, además, rechaza la imitación al modelo del Norte que era considerado un enemigo en común¹²⁹.

Dentro de las voces que se pronunciaron acerca de la obra, se encuentra la emblemática figura de Miguel de Unamuno. Si bien hacia 1900 su pensamiento estaba más hondamente asentado sobre su nacionalidad vasca y su crítica hacia lo latino (asociado al catolicismo), le escribió a Rodó sobre su obra:

“(...) ¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! Hay que trabajar. Su obra de usted es la más grande, a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos. Porque hasta los dos valores que yo creo más irreductibles en nuestra cultura, el catolicismo y el protestantismo ¿no tienen acaso una raíz común?. A llegar a la raíz común de las cosas hemos de tender, y a ella se llega por distintos caminos, por el Bien, por la Verdad, por la Belleza, por la Religión, por la Ciencia, por el Arte... ¿Qué importa el camino?. Tenemos un fin común, desde

¹²⁸ ABELLÁN, JOSÉ LUIS; “España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad”; *Revista de Indias*; Volumen LXVII, Número 239; Instituto de Historia CSIC; 2007; p. 15.

¹²⁹ *Ibidem*; pp. 16-17.

*nuestros caminos nos animaremos y saludaremos y aún podremos darnos las manos porque de continuo se cruzan y entrecruzan y se confunden. Y... ¿es que hay caminos diversos? No, amigo Rodó, lo que nos une en realidad no es mucho, es todo (...)*¹³⁰.

Este párrafo sirve como antecedente de la futura acuñación del término “hispanidad”¹³¹. Unamuno siempre había sido un seguidor incansable de lo que se escribía en América, a lo que sometía al análisis de la crítica literaria. El conjunto de esta labor unamuniana como crítico literario estuvo presidida por un criterio unificador: su creencia en la unidad espiritual del continente, de acuerdo con la cual la plural manifestación de argentinos, chilenos, venezolanos, colombianos, mexicanos, etc., no es sino parte de una común literatura en lengua española.

Alfonso Reyes y Rufino Blanco Fombona fueron dos de los arielistas que más lo frecuentaron; y *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas incluso fue comentada por el español, quien señaló que había sido el primero en utilizar conceptos como el de argentinidad¹³².

F) Los lugares donde publican

Los escritores ingresaban al periodismo desde muy jóvenes, las salas de redacción eran su centro vital, pero eran también un excelente lugar donde se tejían solidaridades. Además de producir fenómenos de coetaneidad en América Latina por el desarrollo simultáneo de similares condiciones de producción y recepción, la prensa se constituyó en

¹³⁰ DE UNAMUNO, MIGUEL; *Epistolario americano (1890-1936)*; España; Ediciones Universidad Salamanca; 1996; p. 105.

¹³¹ Acuñó el término «hispanidad» en la temprana fecha de 1909, cuando en el artículo titulado *Sobre la argentinidad* lo utilizó para referirse a la comunidad de pueblos que hablan español y poseen rasgos distintivos, como cualidades espirituales, fisonomía moral, mental, ética, estética y religiosa.

¹³² PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 214.

el principal agente de religación del período, pues promovía una red extensa e intensa de vínculos entre los latinoamericanos, los escritores y el público.

En el mismo sentido, Bergel señala que una de las principales formas de conformar una red es la publicación de revistas culturales, que “(...) *por su circulación, construcción de tópicos comunes y referencias cruzadas, y contenidos explícitos, cumplía así mismo un papel de reforzamiento de ese emergente nosotros (...)*”¹³³.

El caso más emblemático para el círculo arielista lo constituyó la revista *Repertorio Americano*. Para dar una idea de la importancia de esta publicación para la vida intelectual latinoamericana basta señalar que su primer número apareció el 1 de septiembre de 1919, y que su publicación se prolongó por 39 años, hasta mayo de 1958, alcanzando el número 1181¹³⁴. Allí participaron un gran número de arielistas: Alcides Arguedas “*constituyó uno de los pilares de ese centro de difusión*”¹³⁵, a Alfonso Reyes la revista le dedicó un número¹³⁶, Rufino Blanco Fombona escribió en ella¹³⁷, y frente a la candidatura de José Vasconcelos a las elecciones presidenciales la revista sacó un ejemplar especial para sumarse a la campaña¹³⁸. También participaron en ella Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, José Vasconcelos y José Enrique Varona¹³⁹.

Su fundador, Joaquín García Monge, había acumulado una larga experiencia primero como editor en periódicos como *La Siembra y Verdad*, y luego con la edición de

¹³³ BERGEL; *op. cit.*; p.156.

¹³⁴ OLIVA MEDINA, MARIO; “Revista *Repertorio Americano*: algunos alcances sobre su trayectoria, 1919-1958”; *Revista iZQUIERDAS*; Año I, Número 1; Chile; Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile; p 2.

¹³⁵ PIÑEIRO IÑIGUEZ; *op. cit.*; p. 227.

¹³⁶ *Ibidem*; p. 524.

¹³⁷ *Ibidem*; p. 758.

¹³⁸ *Ibidem*; p. 552.

¹³⁹ OLIVA MEDINA; *op. cit.*; p. 12.

las series *Ariel* y *Convivio*, las cuales circularon profusamente en el país y el exterior¹⁴⁰. Debido a esto y a las constantes dificultades económicas¹⁴¹, la elaboración de la revista parece haber sido bastante artesanal y bajo la total supervisión de su editor desde la elección del material hasta el envío de la misma¹⁴².

En un inicio, los recortes de diarios y revistas eran mayoritarios. Hacia fines de la década de 1910, tomaba las colaboraciones de publicaciones tales como *Nosotros*, *La Nación*, *La Nota* e *Ideas* de Buenos Aires; *El Mercurio peruano*, de Lima; *Revista de la Facultad de Ciencias y Letras*, *El figaro* y el *Universal*, de La Habana; *El Magazine de la raza*, *La reforma social*, de Nueva York; *El Mercurio*, de Valparaíso y de Santiago de Chile; *Revista Universitaria* y *Cultura* de Bogota; y, *Patria*, de Asunción. Con el transcurso del tiempo y el ascendente prestigio de la revista entre los intelectuales y escritores, la correlación de los materiales cambió sustancialmente, creciendo la colaboración inédita de muchos que deseaban publicar sus trabajos, al punto que algunos de ellos tuvieron que esperar para ver publicadas sus notas, artículos, comentarios de libros o cualquier otro material que tuviese cabida en las hojas de dicha revista¹⁴³.

El sostenimiento de la revista durante tantos años estuvo relacionado con una red de escritores e intelectuales que ayudaron a consagrarla a través de su opinión, enviando cartas, artículos y todo tipo de adhesiones. Desde los primeros números pueden encontrarse contribuciones de intelectuales como Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, José Vasconcelos y José Enrique Varona, entre otros. Estas adhesiones jugaban un papel muy importante dado que se trataba de voces autorizadas que funcionaban como atractivo de la revista para que pudiera alcanzar cada vez más lectores¹⁴⁴.

¹⁴⁰ *Ibidem*; p. 2

¹⁴¹ *Ibidem*; p. 2.

¹⁴² *Ibidem*; p. 3.

¹⁴³ *Ibidem*; p. 4.

¹⁴⁴ *Ibidem*; p. 12.

Otra revista importante para la red fue *Savia Moderna*, que apareció en 1906 y fue un antecedente fundamental del futuro “Ateneo de la Juventud”, debido a que en ella colaboraban Antonio Caso, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Cravioto. No era una revista exclusivamente poética; también el arte pictórico (del que Diego Revira era el portadista), el arte fotográfico, y los textos extranjeros eran secciones de la misma¹⁴⁵.

En el ámbito editorial se destacó la Editorial America, dirigida por Rufino Blanco Fombona desde la ciudad de Madrid. Su objetivo primordial era convertirse en el primer centro de divulgación sistemática de literatura, historia y pensamiento de América Latina¹⁴⁶. El objetivo era dar a conocer en España a los mejores creadores y pensadores iberoamericanos y favorecer, ese mismo conocimiento entre los lectores de los diversos países de America¹⁴⁷.

La empresa inició sus actividades en abril de 1915 y las concluyó en 1933, cuando su director-fundador abandonó Madrid para encargarse de las Gobernaciones de Navarra y Almería. A lo largo de estos años, publicó trescientos veinticuatro volúmenes que fueron distribuidos en nueve colecciones, de las cuales las más importantes fueron las series “Andrés Bello”, que publicó 73 títulos; “Ayacucho”, con 63 números; “Autores Celebres”, compuesta por 83; “Ciencias Políticas y Sociales, con 28 títulos; “Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana” con 21 publicaciones; y “Autores varios” con 25. Las tres últimas se denominaron “Porvenir” y “La novela para todos”, con 12 títulos cada una, e “Historial Colonial de América” con 7 volúmenes¹⁴⁸.

¹⁴⁵ CURIEL; *op. cit.*; p. 125.

¹⁴⁶ SAMBRANO URDANETA, OSCAR; “Rufino Blanco Fombona y su Editorial America”; *Revista Nacional de Cultura*; Caracas; N° 259; nov-dic de 1985; p. 83.

¹⁴⁷ *Ibidem*; p. 91.

¹⁴⁸ *Ibidem*; p. 90.

A partir del análisis de los seis parámetros que han sido brevemente desarrollados a lo largo de este capítulo se pretendió demostrar la existencia de una red intelectual. Al tratarse de un grupo de formación tan dispar, sobretodo debido a su realidad geográfica, es lógico comprender que no todas las relaciones que se dieron entre sus miembros tuvieron la misma importancia. Lo interesante es poder destacar que este grupo de intelectuales compartió ideas y experiencias que los llevaron a contactarse de forma natural (como en los viajes o redacciones de revistas) o por medio de la propia acción de José Enrique Rodó que realizó tareas concretas para que estas uniones se produjeran.

Ésta red resulta clave porque influyó profundamente en el surgimiento del pensamiento latinoamericanista de Manuel Ugarte.

CAPITULO III

En busca de la unidad latinoamericana.

Vida e ideas de Manuel Ugarte

Manuel Ugarte nació en la ciudad de Buenos Aires, el 27 de febrero de 1875. Falleció en la ciudad de Niza el 2 de diciembre de 1951. Pasó gran parte de su vida en Europa, donde trabajó en los más reconocidos medios gráficos junto a importantes personalidades de la cultura y la política. Escribió decenas de obras sobre literatura, política y sociología que fueron ampliamente comentadas. También fue aclamado en las principales ciudades del continente americano, por donde realizó una gira bregando por la unidad latinoamericana.

Sin embargo, ese amplio reconocimiento recibido en el exterior contrasta con el poco apoyo recibido en Argentina, donde era prácticamente ignorado. Sus obras no fueron leídas fuera de su círculo íntimo e incluso tuvo fuertes dificultades para conseguir que sus trabajos fueran publicados en los periódicos: “(...) *A los 43 años, lleva publicado una veintena de libros, ha colaborado en los diarios más prestigiosos de Europa, ha recorrido America Latina aclamado por multitudes, pero su nombre es mala palabra en su patria chica (...)*”¹⁴⁹.

Su vida

Casi no se conocen ediciones de sus obras y su biografía ha sido muy poco estudiada. Jorge Abelardo Ramos fue el primero en editar una obra de Ugarte en la Argentina, y esto ocurrió dos años después de que muriera en Niza y sus restos ni siquiera fueran repatriados. El estudio de su vida llevó algunos años más, y en 1974 Norberto Galasso publicó *Manuel Ugarte, del vasallaje a la liberación nacional* y *Manuel Ugarte, de la liberación nacional al socialismo*.

¹⁴⁹ GALASSO, NORBERTO; *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*; Buenos Aires; Ediciones Corregidor; 2001; p. 323.

Es fácil advertir que estas primeras interpretaciones sobre el pensamiento de este escritor se dieron siguiendo la línea del peronismo de izquierda, y aunque se encuentran rastros de esta línea ideológica, la obra de Norberto Galasso es la biografía más completa de Manuel Ugarte y una lectura obligada para todos los estudios posteriores. Por esta razón, la breve mención que en este trabajo se hace sobre la vida del escritor tiene como principal fuente esa obra¹⁵⁰.

Manuel Ugarte nació en San José de Flores, en el núcleo de una familia que integraba la clase media-alta argentina. Su padre era corredor, tenedor de libros y administrador de propiedades. Su gran visión para los negocios lo había constituido en asesor de la oligarquía porteña, a la que frecuentaba en los lugares que aquellos frecuentaban, como el Jockey Club. Su formación académica comienza en 1881 en el Colegio Nacional de Buenos Aires, pero sus lecturas excedieron rápidamente esa preparación inicial. Leyó poesía e historia asiduamente. Se interesó rápidamente por los procesos e ideas de la Revolución Francesa, aunque todavía no se encontraba interesado por la política ni el socialismo, que abrazara durante su juventud más avanzada.

El primer giro importante de su vida lo dio en 1897, cuando viajó a Europa por primera vez solo. Muy pronto, pasa a integrar el círculo de los intelectuales latinoamericanos que, como ya se ha comentado, viajaban asiduamente a la meca cultural con el objetivo de lograr una mejor formación profesional y abrir sus expectativas laborales.

Manuel Ugarte se convirtió en el biógrafo de su generación, y en su obra *Escritores iberoamericanos del 1900* hizo numerosas referencias a aquellos días en París. Se autodenominó parte de “la generación de 1900”, integrada por personalidades de las letras como Rubén Darío, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Alcides Arguedas, Gabriela Mistral, los hermanos García Calderón, José Vasconcelos y Rufino Blanco

¹⁵⁰ Cfr. GALASSO, NORBERTO; *op. cit.*

Fombona. La razón del “éxodo general”, como él lo denomina, no se hallaba en la admiración de la literatura extraña: “*esa juventud no se sentía atraída por un nuevo medio. Se evadía del medio en que se ahogaba. Si acechaba los barcos desde el puerto, es porque carecía de oxígeno en su propia tierra*”¹⁵¹. Esta cita hace referencia, como ya se ha mencionado en los anteriores capítulos, al lento proceso de autonomización que sufría el campo cultural en las principales ciudades latinoamericanas, que si bien habían crecido enormemente y se habían modernizado, seguían sin ofrecer opciones atractivas para los círculos letrados.

Una de las principales características que mencionó sobre este grupo es que no se alejaban sentimentalmente de sus respectivas patrias, a las que la distancia parecía acercar entre sí:

“(...) Al instalarnos en Madrid (punto de partida) y París (ambiente espiritual), descubrimos dos verdades. Primera, que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura. Segunda, que, individualmente, pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica desde Europa en forma panorámica (...)”¹⁵².

Enriquecido por estas nuevas relaciones que nunca podría haber cosechado en Argentina y alarmado por el contexto latinoamericano tras la intervención estadounidense en la guerra cubano-española de 1898 Manuel Ugarte decidió viajar a Estados Unidos.

Este viaje fue clave en la formación de su pensamiento, ya que, como él mismo señalaría años más tarde, allí nació su convicción del peligro que implicaba el imperialismo norteamericano.

¹⁵¹ UGARTE, MANUEL; *Escritores iberoamericanos de 1900*; Santiago de Chile; Editorial Orbe; 1943; pp. 8-9.

¹⁵² *Ibidem*; p. 258.

Sus continuos viajes no impidieron que siga floreciendo su carrera literaria. Había comenzado a escribir desde muy joven en Argentina, cuando su padre pagaba las ediciones de sus primeros cuadernillos de versos románticos. A principios de 1901, logró editar su primera novela. *Paisajes parisienses* apareció prologado a pedido explícito de su autor por Miguel de Unamuno. Si bien todavía no tenían ninguna relación personal, el rector de Salamanca accedió a escribirlo, pero lo hizo con un espíritu sumamente crítico, señalando su monotonía y sus notas tristes. Al año siguiente apareció su segundo libro: *Crónicas del boulevard*. Una nueva personalidad reconocida, con quién Ugarte si había entablado ya una fuerte amistad, redactó el prólogo. Rubén Darío se refirió allí al escritor argentino como un: “poeta, ha cantado a los caídos; periodista, ha procurado difundir entre nosotros las ideas que cree justas y verdaderas”¹⁵³. Las publicaciones continuaron sucediéndose: *Cuentos de la Pampa*, *La novela de las horas y los días*, *Visiones de España*... De esta forma se fue consolidando su prestigio dentro de los círculos literarios.

En 1910 apareció una obra completamente diferente. Si bien las novelas escritas hasta ese momento tenían distintos matices literarios, *El porvenir de la América española* fue un texto eminentemente político y sociológico. Manuel Ugarte vivió día a día la gran repercusión alcanzada por su obra en numerosos diarios europeos. Aunque las críticas eran favorables y el ensayo había sido muy bien recibido en sectores afines a su pensamiento, el escritor necesitó seguir escribiendo literatura y reeditando viejas obras como *Cuentos de la Pampa* para procurarse el dinero necesario para sobrevivir.

Esta obra lo había abierto a nuevas perspectivas. Si bien tanto en *El porvenir de la América española* como en sus artículos periodísticos Ugarte había dado a conocer su propuesta sobre la necesidad de la unidad latinoamericana para detener el avance del imperialismo estadounidense, no lo consideraba suficiente. El 29 de octubre de 1911 decidió a emprender, por sus propios medios económicos, una gira por las principales

¹⁵³ *Ibidem*; p. 90.

ciudades latinoamericanas persiguiendo el objetivo de poder conocer personalmente las realidades de los distintos países del continente, de organizar conferencias y de contactarse con otros intelectuales que pensaban como él.

“(...) Ugarte ha encontrado la clave de su vida escogiendo su destino en la decisión de transitar el continente latinoamericano llevando el mensaje de unidad. Recorrió el continente de un extremo a otro en una gira de conferencias que congregaron auditorios inmensos y despertaron el apoyo de multitudes integradas por jóvenes, intelectuales, trabajadores, y, como contrapartida, encontró la hostilidad, el recelo y el aislamiento por parte de ciertos sectores, incluso el boicot de sectores oficiales (...)”¹⁵⁴

El primer puerto en el que ancló fue La Habana. Allí se encontró con una ciudad bulliciosa y colorida, pero pronto advirtió que aunque podían observarse signos de comercio y riqueza, *“era fácil advertir también, con solo leer los letreros de los negocios, la influencia preponderante”¹⁵⁵*. El idioma delataba tras aquella apariencia de prosperidad la dependencia cubana respecto a Estados Unidos. Dio una conferencia en la Universidad de la ciudad, donde provocó entusiastas exteriorizaciones del público y cosechó valiosas críticas de los diarios locales. Su viaje repercutió en la juventud local, que comenzó a organizar mítines y a fundar centros latinoamericanos como la Asociación Latinoamericana. Su gira continuó por el Caribe. A fines de noviembre de 1911, en Santo Domingo pronunció otra conferencia

¹⁵⁴ BARRIOS, MIGUEL ÁNGEL; *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*; Buenos Aires; Editorial Biblos; 2007; p. 123.

¹⁵⁵ UGARTE, MANUEL; *El destino de un continente*; Madrid; Mundo Latino; 1923; p. 20.

El 3 de enero de 1912 llegó a México, donde no solo fue recibido con música y banderas, sino que logró tener una entrevista con el Presidente en ejercicio, Francisco Madero. Sin embargo, su gira había comenzado a repercutir en los distintos medios del mundo, y en el país más cercano a Estados Unidos comenzaron sus primeros inconvenientes. Los empresarios teatrales temían alquilar sus salones y comenzó a correr el rumor de que el gobierno prohibiría toda disertación pública. Pero los estudiantes estaban decididos a escucharlo y decidieron ir a buscarlo al hotel, logrando que diera un discurso desde el balcón de su habitación. La presión fue tan fuerte que finalmente logró realizar su acto en un salón repleto de gente.

Si en México había comenzado a complicarse su viaje, en Centroamérica la crisis se acentuó. Allí los intereses estadounidenses eran más evidentes y los gobiernos más débiles para enfrentarlos. El 22 de febrero de 1912 se embarcó hacia Guatemala, donde no consiguió dar conferencias. Continuó su viaje hacia El Salvador, país en que directamente le impidieron desembarcar. El Secretario de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, Philander C. Knox, casualmente también había comenzado una gira por Latinoamérica con el objetivo de mejorar las relaciones de su país con las repúblicas americanas. Logró arribar a Honduras, donde nuevamente una juventud entusiasta lo recibió. Entusiasmado, el 27 de marzo de 1912 partió nuevamente hacia El Salvador. El presidente impidió que se realizara la conferencia y se repitió la misma situación que en México: la juventud se movilizó y el 3 de abril de 1912 Ugarte consiguió realizar su acto en la Federación Obrera. El ámbito era distinto a los salones donde generalmente le tocaba hablar, y por esa razón se sintió confiado para expresarse más allá de la unidad latinoamericana y la denuncia contra el imperialismo. En esta ocasión reiteró la necesidad de aunar la bandera nacional-latinoamericana a la insignia roja del socialismo. Consideraba que no había posibilidad alguna de igualdad de clases en un país que se encontraba esclavizado por el imperialismo”¹⁵⁶.

¹⁵⁶ GALASSO; *op. cit.*; p. 207.

Continuó su viaje por Centroamérica. A los pocos días, llegó a Nicaragua. Pero no logró desembarcar y sus intentos porque el cónsul argentino le resolviera su situación no dieron frutos. Hacia fines de abril, siguió camino hacia Costa Rica donde, a pesar de encontrar dificultades en los ámbitos gubernamentales, los estudiantes y los obreros lo apoyaron incondicionalmente. A continuación viajó a Panamá, donde además de pronunciar sus conferencias, nuevamente fue recibido por un Jefe de Estado. Luego siguió por América del Sur. En Venezuela fue recibido por fervorosas manifestaciones y pese a las dificultades que intentó imponer el gobierno para que se realicen sus actos, Ugarte habló en la Asociación de Estudiantes de Caracas. En noviembre de 1912 llegó a Colombia donde tuvo uno de sus mayores éxitos de audiencia, siendo escuchado por más de diez mil personas. Aunque la cifra no se repitió, miles de personas lo escucharon en Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

En mayo de 1913, después de casi un año y medio de viaje, decidió regresar a la Argentina. Solo estuvo aquí cuatro meses. Su llegada pasó totalmente inadvertida en el único país que no dedicaba páginas de sus periódicos para narrar su travesía. Decidió continuar hacia Uruguay. Mientras en su país natal nadie había ido a recibirlo, en Montevideo entusiastas grupos estudiantiles concurren al llamado de la federación universitaria para ir a escucharlo. Quedaban pocos destinos. Llegó a Brasil, donde:

“(...) comprobé desde luego las diferencia que separan al Brasil de las repúblicas de habla española –localizaciones de cultura, composición étnica, concepción particularista-; pero por encima de las discrepancias se impone el parentesco racial, la coincidencia de los espíritus, el hálito superior de las solidaridades pasadas y futuras (...)”¹⁵⁷.

¹⁵⁷ UGARTE; *El destino*; cit.; p. 144-45.

En septiembre de 1913 se trasladó a Paraguay, donde cerró su gira con muy buena acogida.

Fruto de esta experiencia nacieron dos nuevas obras de Manuel Ugarte: *Mi campaña hispanoamericana*, en la que narra la experiencia de su gira, y *La patria grande*, donde publicó diversos ensayos y artículos periodísticos.

En su viaje a finales del siglo XIX hacia París, Manuel Ugarte se había puesto en contacto con las ideas socialistas y simpatizó profundamente con ellas. Si bien desconocía la dinámica del Partido Socialista en su país natal, al llegar a la Argentina a finales de septiembre de 1913 hizo pública su adhesión al mismo a través de una conferencia titulada “Las ideas del siglo”.

“(…) Resulta significativo que Ugarte omita en esta conferencia toda referencia al antiimperialismo y a la unificación latinoamericana. Este silencio quizá sea intencional y radique en razones de prudencia política. Ya en sus primeros contactos con dirigentes del Partido, debió notar el abismo que lo separaba de ellos en torno a la cuestión nacional y para no irritar al grupo dirigente habrá preferido dejar bajo un cono de sombra el aspecto más importante de su pensamiento socialista (...)”¹⁵⁸.

Esta divergencia de opiniones se irá acentuando con los años, ya que Manuel Ugarte fue reafirmando sus ideas y actuando en consonancia a ellas. Las relaciones entre él y el Partido Socialista fueron enfriándose por distintos episodios: cuestiones de visión política, como la cuestión sobre el Canal de Panamá, o de participación gubernamental, como la participación del escritor argentino tras el llamado del ministro Joaquín V. González en el

¹⁵⁸ GALASSO; *op. cit.*; pp. 124-125.

Código de Trabajo. Sin embargo Ugarte continuaba comulgando con los principios básicos, por lo que su participación en charlas y conferencias no menguó, e incluso fue designado como delegado ante el Congreso de la Internacional Socialista que se llevaba a cabo en Ámsterdam. Pese a estas pequeñas diferencias, Ugarte tenía bien en claro sus prioridades, y cuando en marzo de 1913 lo presentaron como candidato a senador, no aceptó el nombramiento alegando que no podía llegar a Buenos Aires por los viajes que estaba emprendiendo en torno a su campaña por Latinoamérica.

Finalmente, un altercado con Alfredo Palacios, una de las personas más afines a él dentro del partido, terminó produciendo la ruptura definitiva. Un problema personal los llevó a querer batirse a duelo. Frente a este hecho el Comité Ejecutivo del Partido Socialista, resolvió solicitar a la sección 20° que excluyera del Partido a Manuel Ugarte por violar el artículo 48° de los estatutos relativo al duelo. Este pedido fue el detonante que lo llevó a renunciar. Años más tarde explicó mejor sus motivos:

“(...) Estas divergencias de procedimiento serían leves si no estuvieran agravadas en forma inadmisibles por una honda incompatibilidad de pensamiento en lo que respecta al punto que considera más importante para el porvenir. La tarea que las circunstancias exigen de los argentinos es inconciliable con la concepción que predomina en la Junta directiva... .. El Partido Socialista es enemigo de la patria; y yo quiero a mi patria y a mi bandera (...)”¹⁵⁹.

Su situación en Buenos Aires era cada vez más angustiosa. Si bien había logrado estrechar fuertes lazos con sectores juveniles que lo admiraban por sus artículos y habían seguido atentamente su gira, decidió tomar el camino del exilio.

¹⁵⁹ UGARTE, MANUEL; *La Patria Grande*; Buenos Aires; Capital Intelectual S.A.; 2010; pp. 60-66.

Su vida en Europa no fue sencilla. Los conflictos económicos lo azotaron y solo consiguió sobrevivir gracias a la publicación de novelas y artículos periodísticos. En 1927 fue invitado por el gobierno soviético a asistir de las fiestas por el 10º Aniversario de la Revolución. Permaneció allí menos de un mes, informándose acerca de las soluciones soviéticas a problemas como la cuestión agraria, que se repetían en América¹⁶⁰. De regreso en Francia, Barusse estaba comenzado a publicar la revista *Monde*, que desde una óptica de izquierda buscaba tratar los asuntos mundiales de la actualidad. Ugarte formó parte del comité de redacción, junto a personalidades como Albert Einstein, Máximo Gorki y Miguel de Unamuno¹⁶¹.

Un accidente doméstico con la llave de gas del calentador del baño le produjo la muerte. Falleció en Niza el 2 de diciembre de 1951.

Sus ideas

El pensamiento de Manuel Ugarte estaba estructurado en torno a un binomio de ideas que guardaban estrecha relación entre sí: la unidad latinoamericana y el antiimperialismo. Básicamente, el autor argentino sostenía que ante el avance, principalmente, de los Estados Unidos de Norteamérica, los países de América Latina deberían unirse para evitar ser absorbidos. En sus propias palabras: “*Hay que contrarrestar las invasiones imperialistas que extienden su deseo sobre la tentación del Continente dividido, hay que reunir los trozos para formar el bloque donde se romperán las flechas*”¹⁶². Se trataba de una propuesta defensiva no sólo frente a una agresión armada, sino también como dique de contención para la penetración económica y cultural¹⁶³.

¹⁶⁰ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 367-370.

¹⁶¹ *Ibidem*; 373-174.

¹⁶² UGARTE, MANUEL; *El porvenir de la América Latina: la raza, la integridad territorial y moral, la organización interior*; Valencia; F. Sempere; 1910; p. 113.

¹⁶³ BARRIOS; *op. cit.*; p. 50.

Esta doctrina se encontraba basada en la lectura historiográfica con que Manuel Ugarte abordaba la realidad americana. Estas ideas fueron desarrolladas principalmente en las conferencias que dictó en España. El 25 de mayo de 1910, el Ayuntamiento de Barcelona celebró el centenario de la República Argentina en el Salón de Ciento. Allí el argentino expuso sobre las *Causas y consecuencias de la Revolución Americana*. Años más tarde recordará esa presentación como “*el punto de partida de la campaña emprendida después por toda América*”¹⁶⁴.

De esta conferencia pueden extraerse tres conceptos principales. En primer lugar, una defensa de España, en contraposición a muchos intelectuales americanos de la época y en mayor consonancia con el iberismo peninsular de 1898¹⁶⁵. Sostuvo que para los americanos España debe representar “*el antecedente, el honroso origen, la poderosa raíz de la cual fluye la savia primera del árbol*”¹⁶⁶, ya que en esa primera conquista se encuentra el eje de la común historia en América.

En segundo lugar, quebró la interpretación clásica de analizar estas guerras como “luchas a muerte” entre españoles y americanos. Afirmaba que una parte de la nación juzgó excesivo los privilegios de la otra y eso produjo el estallido de un conflicto de intereses y esperanzas. América no se había emancipado de España, sino del estancamiento y de las ideas retrogradadas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad¹⁶⁷.

Por último, planteó una nueva interpretación histórica que consistía en atribuir a las guerras de independencia la causa de la fragmentación de los países latinoamericanos. Ya desde este momento Ugarte hacía un notable hincapié en las consecuencias negativas que esta división había traído a la vida americana:

¹⁶⁴ UGARTE; *El destino*; cit.; p 16.

¹⁶⁵ BARRIOS; *op. cit.*; p. 78.

¹⁶⁶ UGARTE; *El destino*; cit.; p. 17.

¹⁶⁷ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 75-76.

“(…) adoleció nuestra América hace un siglo de falta de conocimiento de la política internacional, porque el fraccionarse en dieciocho repúblicas, después de hacer abortar el épico intento de Bolívar y San Martín, no supo prever ni la imposibilidad histórica de muchas de esas patrias exiguas, ni la precaria situación en que se hallarían algunas para desarrollarse, dentro de su esfera, con tan precarios elementos, ni las acechanzas de que debían ser víctimas todas en medio de los remolinos de la vida (...)”¹⁶⁸.

Tras esta conferencia, pueden desprenderse una serie de ejes principales de su interpretación histórica: en primer lugar, que España y la América Ibérica conformaban un bloque común; además, que el movimiento de la independencia fue en forma de guerra civil entre monárquicos absolutistas y monárquicos constitucionalistas; también que el problema de América Latina no implicaba una “inferioridad” sino que era producto de la desunión; y, una profunda confianza en el destino latinoamericano¹⁶⁹.

Estas ideas no representaban únicamente a la lectura de Ugarte. En 1917, José León Suárez realizaba una lectura similar de las guerras independencia:

“(…) los liberales españoles confraternizaban en ideales con los revolucionarios americanos; consideraban que la lucha no es contra España, sino contra el absolutismo del rey, enemigo común de los derechos y libertades que unos y otros anhelan... ... esta concordancia de ideas y propósitos pone en evidencia las causas reales de la

¹⁶⁸ UGARTE; *El destino*; cit.; pp. 17-18.

¹⁶⁹ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 80-82.

*revolución americana y sirve para caracterizarla en su verdadero aspecto, que es el de una lucha noble y grande por las libertades y derechos de los habitantes del mundo nuevo (...)*¹⁷⁰.

Puede afirmarse con certeza que Manuel Ugarte conocía esta obra porque el 11 de diciembre de 1916 le escribió agradeciéndole el envío. En aquella carta corroboró que el punto de vista manifestado era “*el único razonable*”¹⁷¹. Él mismo le mencionó su conferencia en el Ayuntamiento de Barcelona y le transcribió un fragmento de la misma.

Al concluir, afirmó: “*esta tesis, que no es suya, ni mía, sino de toda la generación emancipada de los odios y reintegrada por el sentimiento y el estudio de la realidad de su filiación y su destino*”¹⁷². Fiel a sus convicciones, en esta oportunidad también manifestó sus deseos de que el estudio realizado se difundiera entre la juventud¹⁷³.

El latinoamericanismo de Manuel Ugarte

Su pensamiento fue consecuentemente sostenido a lo largo de toda su vida, y si bien se plasmó en todas sus obras y artículos de enfoque político, estuvo principalmente expresado en *El porvenir de la América española*. Su autor se refirió a este libro de la siguiente manera: “*El libro no es, en conclusión, más que una síntesis vertiginosa de lo que, a nuestro juicio, distingue a la América Latina, de los peligros que la acechan y de la obra que se impone para darle un empuje definitivo*”¹⁷⁴.

Siguiendo este esquema, el libro se encontraba estructurado en tres capítulos en los que se abordaba desde un enfoque histórico, social y político la realidad del continente

¹⁷⁰ SUÁREZ, JOSÉ LEÓN; *Carácter de la revolución americana. Un nuevo punto de vista más verdadero y justo sobre la independencia hispano-americana*; Buenos Aires; Librería “La Facultad”; 1917; pp. 48-49.

¹⁷¹ *Ibidem*; P. 92.

¹⁷² *Ibidem*; p. 94.

¹⁷³ *Ibidem*; p. 94.

¹⁷⁴ UGARTE; *El porvenir*; cit.; pp. 3-4.

americano. No se trataba simplemente de un ensayo descriptivo: el libro hacía una propuesta explícita sobre como deberían formarse los Estados Unidos del Sur.

A grandes rasgos, el avance de Estados Unidos sobre América Latina desde la guerra de independencia cubana de 1898 motivó el pensamiento antiimperialista de Manuel Ugarte. Sin embargo, durante su estadía en Cuba hubo un episodio concreto que lo desencadena: *“leyendo un libro sobre la política del país, encontré un día citada la frase del senador Preston, en 1838: “La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza””*¹⁷⁵. Lo que le llamó poderosamente la atención, independientemente de la intención explícita de ocupar todo el continente, fue el silencio de los gobiernos latinoamericanos frente a esta afirmación.

Para el autor, al igual que gran parte de los intelectuales latinoamericanos de esa época, Méjico era mucho más que un límite territorial. En sus propias palabras se trata de *“un límite entre dos civilizaciones”*¹⁷⁶.

Ugarte era conciente de que el “método” del imperialismo había ido cambiando de formas. Interpretaba que en un principio se anexaba a los habitantes en forma de esclavos; después, se anexaba la tierra sin los habitantes; y, en su versión contemporánea, anexaba la riqueza sola, sin la tierra y sin los habitantes. De esta forma, el imperialismo reducía al mínimo su esfuerzo y se convertía, a través del control económico y comercial, en dueño de las tierras y de quienes en ellas habitaban¹⁷⁷.

Esta alerta lo hizo esbozar teorías muy adelantadas para su época. Conciente de que el imperialismo no avanzaba con agresiones brutales como en la antigüedad, sino que lo hacía a través de paulatinas invasiones económicas y financieras, se convirtió en uno de los

¹⁷⁵ UGARTE; *El destino*; cit...; p. 5.

¹⁷⁶ UGARTE; *El porvenir*; cit.; pp. 36-37.

¹⁷⁷ UGARTE; *El destino*; cit.; p. 31.

primeros en sostener la necesidad de que América Latina se industrializara y dejara de depender de los países centrales para conseguir manufacturas.

“(…) Las observaciones en materia económica lo convierten en un fuerte crítico de la proyección de las repúblicas latinoamericanas en función del dilema impuesto por la división internacional del trabajo de exportación de materias primas a cambio de producción industrial. Es evidente en estas afirmaciones que sus ideas lo llevarían a buscar una alternativa industrial en el continente, es decir que su latinoamericanismo solo podía existir en la medida en que se generaran las condiciones materiales que permitieran un despliegue industrial (...)”¹⁷⁸.

Siguiendo la misma línea de pensamiento, reconocía el importante rol de contrapesos que los mercados europeos y estadounidense jugaban en Latinoamérica. De esta forma, advertía que *“un país no deba entregarse jamás a los empréstitos y a la industria de una sola gran nación. Su voluntad tiene que tender, por el contrario, a reunir el mayor, número de competidores para neutralizar los apetitos y crecer al calor de las rivalidades”¹⁷⁹.*

Manuel Ugarte no condenó la pretendida dominación estadounidense del continente americano. Para él simplemente *“han hecho y seguirán haciendo lo que todos los pueblos fuertes en la historia”*. Su pensamiento era sumamente pragmático, y frente a esta realidad el punto en cuestión era como debían actuar los pueblos americanos. Destaca que no debía haber lamentaciones ni se debía invocar a la ética en asuntos de relaciones internacionales. Además, se confesaba admirador de la grandeza estadounidense y propugnaba el

¹⁷⁸ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 128-129.

¹⁷⁹ UGARTE; *El porvenir*; cit; p. 59.

establecimiento de relaciones con la principal potencia mundial. Para él, lo principal era lo que los americanos podían hacer por sí mismos:

“(...) Odiar a los Estados Unidos, es un sentimiento inferior que a nada conduce. Despreciarlos, es una insensatez aldeana. Lo que debemos cultivar es el amor a nosotros mismos, la inquietud de nuestra propia existencia. Si buscando una reacción de la voluntad colectiva, denunciemos el peligro exterior y evocamos el recuerdo de desastres anteriores, que no sea para calificar la actitud de los otros, sino para orientar la nuestra; porque lo que urge considerar no es lo que el adversario hizo para perjudicarnos, sino lo que nosotros no hicimos para contrarrestar su agresión y lo que tendremos que realizar mañana si no queremos ser aniquilados (...)”¹⁸⁰.

Manuel Ugarte partía de la base de que América Latina era *“la patria superior”*¹⁸¹. Tenía una visión política muy aguda y crítica, y, como ya fue mencionado, sostenía que la división en decenas de repúblicas se debió al proceso independentista y a la acción de los caudillos locales en los primeros años de la vida independiente. Su análisis se profundizaba al abordar los gobiernos más modernos, ya que juzgaba que habían continuado ese proceso de “desmigajamiento”. Sin embargo, consideraba que los países de América Latina tenían *“hábitos, recuerdos y preferencias que arrancan de un origen común, obedecen a iguales concepciones y se articulan en el mismo idioma”*¹⁸². Los intelectuales¹⁸³, a diferencia de las autoridades políticas, habían procurado potenciar esos lazos.

¹⁸⁰ UGARTE; *El destino*; cit.; p. 77.

¹⁸¹ UGARTE; *El porvenir*; cit.; p. 2.

¹⁸² *Ibidem*; p. 2.

¹⁸³ *Ibidem*; p. 65.

Esta ideología llevó a Manuel Ugarte a la presentación de un proyecto pragmático. Si bien lo esbozó presentándolo simplemente como uno de los caminos que podían llevar a su concreción, el autor desarrolla los pasos que harían posible la unión de la *patria superior en los Estados Unidos del Sur*.

En primer lugar, deberían mejorarse las relaciones a través de medidas como la organización de congresos, el envío de diplomáticos especiales, la firma de tratados de comercio, el establecimiento de acuerdos para establecer líneas de comunicación y la creación de tribunales de arbitraje. Luego, se profundizarían los lazos a partir de la fundación de diarios especiales, la multiplicación de conferencias, el intercambio de comisiones encargadas de estudiar un punto u otro de la administración de los Estados, el perfeccionamiento del servicio internacional de correos, la organización de viajes colectivos alrededor de América con estudiantes delegados de cada facultad, el dictado de leyes que facilitarían la naturalización de los latinoamericanos de otras repúblicas. En síntesis: *“con las líneas de comunicación cada vez más rápidas y más completas, con la propaganda eficaz de los escritores, industriales, cónsules y poderes públicos, no parece difícil conseguir al cabo de pocos años un recrudescimiento de idealismo y de fraternidad”*¹⁸⁴.

Una vez conseguido el primer paso, podría conformarse según el autor una suerte de “gran Asamblea latinoamericana”, que admitiría la urgencia de acabar con las rivalidades y daría forma práctica al deseo de unión. Cada una de las veinte repúblicas nombraría delegados que, sin rozar la administración interior, se limitarían a ser representantes de Relaciones Exteriores y asumirían la representación externa de la raza. No implicaría una limitación a la soberanía, ya que el órgano centralizador garantizaría la independencia de los países adherentes *“porque al entorpecer las intervenciones dejaría a todos mayor reposo para realizar dentro de los límites de cada Estado los ideales de la democracia local”*¹⁸⁵.

¹⁸⁴ *Ibidem*; pp. 64-65.

¹⁸⁵ *Ibidem*; p. 72.

Su relación con el campo político y periodístico

Siguiendo la teoría de Pierre Bourdieu¹⁸⁶, enriquece la interpretación de su pensamiento y su obra conocer las relaciones que Manuel Ugarte mantuvo con el campo político y con la prensa.

Si bien su mensaje era una propuesta de acercamiento entre los países latinoamericanos, la crítica hacia el imperialismo, que con mayor o menor grado de explicitud aparecía en su discurso, lo alejó tanto de los gobiernos latinoamericanos como del estadounidense e, incluso, del de su propio país.

“(...) En realidad viajé, de Norte a Sur, en medio de la hostilidad de todos los gobiernos y todos los círculos oficiales. Presionados por el ambiente popular y juvenil, podían parecer a veces prescindentes o corteses; pero en el fondo maldecían contra el importuno que venía a interrumpir el ritmo de la política local. A esto había que añadir las maniobras de los agentes imperialistas, que me motejaban de "agitador" y de "aventurero", y la hostilidad del gobierno de mi propio país, cuyos representantes, al ser presentidos, declaraban que el viaje era una "fantasía de escritor" y que se trataba de un "joven sin representación ni significación alguna dentro de la vida argentina (...)”¹⁸⁷

El viajero se consideraba a sí mismo “ajeno a toda tendencia política, independiente de todos los bandos”. Su único objetivo era defender el acercamiento entre los latinoamericanos para poder resistir el avance del imperialismo. En sus palabras: “sólo era la visita de un escritor a las juventudes y a los pueblos que podían propagar sus ideas.

¹⁸⁶ Cfr. BORDIEU, PIERRE; *Intelectuales, política y poder*; Buenos Aires; EUDEBA; 1999.

Cfr. CHIHU AMPARÁN, AQUILES; “La teoría de los campos en Pierre Bordieu”; *Polis, Investigación y análisis socio-político y psicosocial*; n° 1998; Méjico; Universidad Nacional Autónoma de Méjico.

¹⁸⁷ UGARTE; *El destino*; cit.; p. 111.

*No hablaba yo en nombre de ningún Gobierno, ni solicitaba favores oficiales*¹⁸⁸. Pero lógicamente no todos los gobiernos simpatizaban con sus ideas, y menos aquellos que se encontraban geográfica y políticamente más cerca de Estados Unidos.

Por esta razón, a lo largo de su gira fue inevitable que Ugarte debiera enfrentarse a dificultades para concretar sus conferencias, que fueran rechazados sus pedidos de audiencia o incluso que le impidiesen desembarcar en algún puerto, como ya fue mencionado en la descripción de sus viajes. El escritor recuerda haber sido vigilado: *“dados los antecedentes, el carácter de la propaganda y los tumultos a que ésta daba lugar, casi es innecesario decir que fui seguido en todos los actos, no sólo por agentes locales que cumplían una función regular dentro de sus fronteras, sino por delegados especiales de los Estados Unidos*¹⁸⁹.

Aunque es probable que exagere la importancia que tenía su mensaje en una de las principales potencias mundiales, es una realidad que las voces contra el imperialismo comenzaban a sonar cada vez más fuerte en América Latina y podían ser interpretadas como un problema para la expansión comercial o las relaciones bilaterales de los estadounidenses.

Otra forma que los gobiernos utilizaron para desautorizarlo fue la prensa. En el contexto de la Primera Guerra Mundial, él mismo señalaba: *“Hoy se me acusaba de hacer una gira comercial, mañana de ser un millonario excéntrico, pasado de estar subvencionado por Alemania*¹⁹⁰. Aunque el escritor intentaba enmendar las falacias escritas por los distintos periódicos, chocaba con la realidad de las enormes distancias y la incomunicación¹⁹¹.

¹⁸⁸ *Ibidem*; p. 61.

¹⁸⁹ *Ibidem*; p. 63.

¹⁹⁰ *Ibidem*; p. 64.

¹⁹¹ *Ibidem*; p. 138.

Un caso aparte lo representa su país natal: *“No diré que la política argentina se hallaba orientada en 1913 en un sentido contrario a los ideales que inspiraron mi gira. Pero no cabe duda de que el viaje fue desautorizado por el Gobierno de la manera más rotunda”*¹⁹². Esto puede ser demostrado por la constante negativa a ayudarlo de los representantes oficiales de los diversos países que visitó y por la ignorancia en que se mantuvo el desarrollo de su gira, en la cual era innegable que estaba teniendo éxito en cuanto al público que asistía.

El escritor había conocido a Sáenz Peña antes de que asumiera la presidencia. Aunque éste se había manifestado como un defensor de ideas nacionalistas y un explícito simpatizante de sus obras, negó a Ugarte una audiencia: *“Para que tomase una resolución que no rimaba con su carácter cortés, ni con la estimación de que me dio prueba dos años antes en París, debieron pesar causas mayores, derivadas de las reclamaciones constantes a que dio lugar la gira por parte del Gobierno norteamericano”*¹⁹³.

Esta cita permite reconocer la notable influencia que tenían los Estados Unidos en la política exterior americana. También es necesario tener en cuenta que Ugarte manejaba un discurso un tanto agresivo y que muchos sectores económicos y políticos argentinos no comulgaban con sus ideas. Su apuesta a la industrialización no podía agrandar a los sectores agrícola-ganaderos que por ese entonces dominaban la escena económica en Argentina. Por otro lado, su afán de unir Latinoamérica podía perjudicar los intereses de las clases dominantes locales. Finalmente, él mismo agrega un punto más: *“una acción imperialista que, según el criterio dominante, no podía perjudicarnos, puesto que no había llegado a nuestras fronteras”*¹⁹⁴

¹⁹² *Ibidem*; p. 131.

¹⁹³ *Ibidem*; p. 131.

¹⁹⁴ *Ibidem*; pp. 131-32.

Este punto resulta fundamental para comprender la trascendencia del pensamiento de Ugarte en su época y comprender porque fue desconocido e incluso combatido durante tantos años incluso en su propio país pese a haber tenido una carrera literaria prolífica:

“(...) Lo que me obliga a convertirme a ratos en mi propio historiógrafo, es la ignorancia en que se ha querido dejar a la América latina sobre lo que hizo, o pretendió hacer, un hombre solo, en lucha con influencias formidables, privado de todo apoyo, sin más fuerza que un ideal (...)”¹⁹⁵

La influencia arielista

Rastrear la influencia del arielismo en el pensamiento de Manuel Ugarte implica realizar distintos análisis. En primer lugar, señalar los puntos similares que se presentan ambos pensamientos; a continuación, analizar si efectivamente existieron contactos entre Ugarte, Rodó y los arielistas; y, finalmente, confirmar si Ugarte y los arielistas eran vistos como parte de una misma corriente de pensamiento.

Para poder analizar lo propuesto en este apartado será de fundamental importancia su correspondencia. En el Archivo General de la Nación se encuentra el “Fondo documental Manuel Ugarte”, donación de su viuda Térèse Desmard. Allí se encuentran cartas manuscritas y mecanografiadas, recortes de diarios y revistas, documentos, etc.¹⁹⁶. Entre su correspondencia pueden destacarse numerosos emisores: *“figuras trascendentes de la política continental: Haya de la Torre, Mariátegui, Carranza, Vasconcelos, R. Blanco Fombona y tantos otros, junto a pensadores y creadores de brillo como Einstein, Barbusse, Mistral o Arguedas”*¹⁹⁷. Además, se encuentran cartas de figuras literarias como Miguel de Unamuno, Ricardo Rojas y Pedro Henríquez Ureña. Y, también, pueden observarse

¹⁹⁵ *Ibidem*; p. 106.

¹⁹⁶ SWIDERSKI, GRACIELA (Dir.); *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*; Buenos Aires; Archivo General de la Nación; 1999; p. 9.

¹⁹⁷ *Ibidem*; pp. 7-8.

telegramas que lo invitan a homenajes o le informan acerca de su inscripción como miembro honorable de diversos ateneos.

Para comenzar, es importante resaltar que la idea del binomio antiimperialismo-latinoamericanismo, clave para Manuel Ugarte, puede reconocerse como base del pensamiento del “primer antiimperialismo latinoamericano” o “generación del 900”. El propio José Enrique Rodó en *Ariel* había buscado reforzar la autoconciencia americana. Como apuntó un estudio de su obra: “(...) quiso despertar de su extraviado sonambulismo, la conciencia de esa unidad, y exaltar los destinos a ella vinculados. Llamo a su América a sentirse y ser en verdad lo que era, única y múltiple (...)”¹⁹⁸.

Como ya ha sido señalado en el capítulo anterior, los arielistas no conformaban una unidad homogénea. Sin embargo, en diferentes graduaciones, la mayoría de ellos se preocupó por esbozar un mensaje de advertencia sobre el peligro que implicaba el avance de los Estados Unidos del Norte o comenzó a elaborar una idea sobre la necesidad de unir el continente. Incluso, en aquellos casos en que no se encuentra un mensaje explícito, es fundamental comprender el legado del pensamiento de aquella generación. Si bien es cierto que en *Ariel* no se encontraba un programa de unidad política, es imposible llegar a la etapa del latinoamericanismo político de Ugarte sin desarrollar en campo de las ideas una crítica al modelo estadounidense, desde la afirmación de la necesidad latinoamericana de partir desde su propia historia, herencia fundamental del movimiento a su pensamiento¹⁹⁹.

Si la base del antiimperialismo estuvo dada por los aportes del arielismo cabe preguntarse cómo llegaron éstas a conocimiento del argentino. En primer lugar, debe señalarse que entre José Enrique Rodó y Manuel Ugarte existía una relación personal. Ya desde 1895 el argentino participaba en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* que Rodó editaba en Montevideo. De hecho, el 8 de octubre de 1895 Ugarte

¹⁹⁸ ZALDUMBIDE, GONZALO; *op. cit.*; pp. 29-30.

¹⁹⁹ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 37-38.

comenzó a editar en Buenos Aires la *Revista Literaria*, que seguía la misma orientación que la uruguaya²⁰⁰. Ante su lectura, Rodó saludó cálidamente al director argentino:

*“(...) las impresiones que me merece uno de los muchos aspectos encomiables de la obra tan inteligentemente emprendida por usted. Aludo al sello que podemos llamar de “internacionalidad americana”, impreso por usted a esa hermosa publicación... ... Grabemos entre tanto, como lema de nuestra divisa literaria, esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: por la unidad intelectual y moral hispanoamericana (...)”.*²⁰¹

Esta cita, primero, nos permite confirmar una comunidad de ideas basada en la “internacionalidad americana”. Rodó hizo alusión a esa unidad de pensamientos al referirse en plural al lema, la propaganda y la fe. Además, cabe resaltar que ambas revistas buscaban ser un vehículo que, además de propagar las ideas de fraternidad, pudieran ser un espacio de encuentro y descubrimiento de autores. Por esta razón, existían artículos de autores de toda América Latina.

Aunque *Ariel* tuvo una notable repercusión en todo el continente y pudo haber llegado a manos de Ugarte por medio de cualquier librero o amigo, resulta interesante notar que fue por la relación personal que existía entre ellos que el argentino recibió la obra. Como ya fue mencionado, Rodó solía enviar *Ariel* junto a una carta para difundir su obra y acercarla a quienes pensaba que podía interesarle. Aunque no se sabe con certeza si fue el primer encuentro con la obra, Manuel Ugarte recibió una copia el 15 de abril de 1904, cuatro años después de su edición. En esa misma correspondencia se evidencia su interés por la figura del uruguayo. Ante un obvio pedido de datos, Rodó respondió: “(...) ¿mi

²⁰⁰ PIÑEIRO IÑÍGUEZ; *op. cit.*; p. 731.

²⁰¹ GALASSO; *op. cit.*; pp. 35-36.

*biografía? Lo único que merece recordarse de ella son mis obras (...)*²⁰². A continuación, demostrando el conocimiento que Rodó tenía sobre el interés que despertaba en Ugarte, afirmó: “(...) *mis tendencias literarias, creo que Ud. ya las conoce (...)*”. También aprovecha la ocasión para informarle sobre las repercusiones de *Ariel*, que en su descripción son abrumadoras, y los planes de su próxima obra, *Proteo*.

Las relaciones con los miembros del círculo arielista se dieron principalmente a partir de dos fuentes: los viajes y las publicaciones.

Todos ellos habitan distintos puntos del continente latinoamericano, pero algunas ciudades europeas y americanas funcionaron como centros de encuentro.

En primer lugar, la gira de Manuel Ugarte por América Latina le permitió recorrer numerosos países. A través de sus conferencias y de su participación en diversos eventos, fortaleció algunos de los contactos que ya tenía y entabló numerosas nuevas relaciones. Incluso durante su estadía en Estados Unidos, mientras afianzaba su lucha antiimperialista pudo ahondar, por ejemplo, la amistad que ya lo unía a Rufino Blanco Fombona: “*en Boston... ...el encuentro refuerza, pues, las ideas de ambos, influyéndose recíprocamente y si Manuel aporta datos probatorios del expansionismo con fechas y fuentes prolijamente investigadas, Rufino allega su entusiasmo, sus epítetos, sus injurias*”²⁰³.

Su viaje a París fue un punto clave. En primer lugar, para la formación de su pensamiento. En sus propias palabras:

“(...) desde Europa, fuera de la preocupación local que naturalmente acapara la atención en cada una de nuestras repúblicas, advertí... ...que entre las repúblicas latinas de América había lazos parecidos y analogías más profundas que entre las demás naciones del mundo, que esas analogías no eran

²⁰² Carta de José Enrique Rodó a Manuel Ugarte fechada en Montevideo el 15 de abril de 1904 en SWIDERSKI, GRACIELA; *op. cit.*; p. 13.

²⁰³ GALASSO; *op. cit.*; p. 55.

*ideológicas, sino reales, no estaban basadas sobre declamaciones sino sobre una identidad de situaciones, de intereses, de realidad (...)*²⁰⁴

Esta noción de “lazos que unen a los americanos” era mucho más fácil de advertir en un país extranjero que los reunía. Aunque ideológicamente tenían puntos en común, no eran un grupo homogéneo. Por esta razón, Manuel Ugarte se convirtió en el biógrafo de su grupo en París y afirmó que los rasgos comunes de esta “generación viajera” fueron la expatriación voluntaria, la fidelidad hacia los precursores americanistas, la búsqueda de una literatura nueva y propia, la necesidad de profesionalización, la defensa de un programa continental, la conciencia antiimperialista y la intervención pública en sucesos de la época²⁰⁵. Evidentemente, para llegar a un análisis tan profundo Ugarte había tenido hondas conversaciones con los distintos exiliados.

Fruto de estos vínculos es su correspondencia. Una gran porción de ella trata sobre temas específicamente cotidianos, como puede ser el intento de concretar encuentros o la descripción de las actividades que se estaban desarrollando en la vida diaria. Entre las cartas que abordan específicamente temas culturales sobresalen cuatro aspectos distintos. Primero, la circulación de materiales sobre los que se hacen comentarios o críticas; segundo, el pedido de ayuda para contactar otros intelectuales; tercero, el seguimiento de la carrera literaria de un determinado autor, informando acerca de dónde y qué se ha publicado sobre aquel; y, cuarto, las referencias explícitas a obras e ideas de Manuel Ugarte.

Por su correspondencia podemos afirmar que el escritor argentino se encargó personalmente de hacer llegar *El Porvenir de la America Española* a gran parte del círculo intelectual del que participaba. Muchas cartas anuncian el recibo de la obra, agradecían la dedicatoria y manifestaban su opinión. Entre estas manifestaciones se destacan las del

²⁰⁴ *Ibidem*; p. 65.

²⁰⁵ COLOMBI; *op. cit.*; p. 547.

chileno José de Núñez y Domínguez, quien prometió: “(...) *haré cuanto me sea dable por difundir las nobles ideas que en ella campean (...)*”²⁰⁶. También Rufino Blanco Fombona, venezolano, le manifestó su total aprobación: “(...) *recibí “El Porvenir de la America Latina”, que he leído de un cabo al otro, apenas lo recibí, y con el cual estoy, como tu sabes sin que necesite decírtelo, en un corazón (...)*”²⁰⁷. Con un tono más crítico, José de la Riva Agüero, de Perú, afirmó: “(...) *admito en conjunto y en globo todas las conclusiones de ella... ...convengo con Ud. en lo del peligro yankee... ...pero no convengo en el fácil proyecto de federación latinoamericana... ...por falta de nación latinoamericana suficientemente poderosa para ser centro y vinculo (...)*”²⁰⁸.

Si la obra de Ugarte había sido leída y había recibido cartas de aprobación era porque existía entre estos intelectuales una comunión de ideas, específicamente sobre el tema del americanismo. Claramente lo expresa Blanco Fombona: “(...) *una de las cosas por las cuales mi espíritu fraterniza con el de Ud. es por Ud. es... ...americano, es decir, de los pocos que... ... ama y predica el amor de nuestra gran patria de Hispano América (...)*”²⁰⁹.

Evidentemente, Manuel Ugarte se había convertido en una figura ejemplar para sus pares. Esto puede observarse, en primer lugar, por el constante interés que despertaba conocer su trabajo. Por ejemplo, Alcides Arguedas le escribe “(...) *¿y Ud. en qué trabaja por el momento? ¿Va llevando a cabo su idea de darnos un tomo de sociología americana?*

²⁰⁶ Carta de José de Núñez y Domínguez a Manuel Ugarte fechada en México el 28 de febrero 1911, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo III; Folio 12.

²⁰⁷ Carta de Rufino Blanco Fombona a Manuel Ugarte fechada en París el 31 de enero de 1911, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo III; Folio 7.

²⁰⁸ Carta de José de la Riva Agüero a Manuel Ugarte fechada en Chorrillos (Chile) el 2 de abril de 1911, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo III; Folios 19-21.

²⁰⁹ Carta de Rufino Blanco Fombona a Manuel Ugarte fechada en Ámsterdam el 22 de julio de 1902, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo I; Folio 93.

(...)”²¹⁰; y, dos años más tarde, insiste “(...) me dice que Ud. va trabajando en labores que yo no sospecho. ¿Cuáles serán?... Pídele satisfacer mi curiosidad (...)”²¹¹. Y, en segundo lugar, lo prueban las sucesivas palabras de admiración que le profesaban. Rufino Blanco Bombona, tras haber presenciado una conferencia le anunció: “(...) terminaremos todos por agruparnos en torno de tu nombre (...)”²¹². Tan solo unos años antes le había afirmado: “(...) mañana cuando se escriba la historia del pensamiento americano, a ti tendrán que erigirte en tu país y fuera de él un pedestal aparte (...)”²¹³.

En sus viajes, las relaciones entre Manuel Ugarte y los miembros del círculo arielista también se ahondaban por la participación en los distintos eventos culturales.

Entre éstos, se encuentran por ejemplo las disertaciones en México bajo el auspicio de la Generación del Ateneo. En esta ocasión es el propio Pedro Henríquez Ureña quien lo presenta, admirado por el pensamiento del argentino que se une a su afán de buscar la realidad propia y original de Latinoamérica²¹⁴.

Algo similar sucedió cuando fue convocado a principios de junio de 1924 por un telegrama de José Ingenieros para participar en acto público en solidaridad con las declaraciones del presidente Plutarco Elías Calles. Unidos por este motivo, en París se reunieron más de dos mil estudiantes latinoamericanos y reafirmaron su lucha contra el imperialismo estadounidense y la defensa de la unidad de América Latina. En esta oportunidad tomaron la palabra Miguel de Unamuno, José Vasconcelos, José Ortega y

²¹⁰ Carta de Alcides Arguedas a Manuel Ugarte fechada en París el 18 de marzo de 1909, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo II; Folio 125.

²¹¹ Carta de Alcides Arguedas a Manuel Ugarte fechada en París el 19 de abril de 1911, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo III; Folios 22-25.

²¹² Carta de Rufino Blanco Fombona a Manuel Ugarte fechada el 17 de diciembre de 1918, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo IV; Folio sin numerar.

²¹³ Carta de Rufino Blanco Fombona a Manuel Ugarte fechada en París el 3 de septiembre de 1911, en el Archivo General de la Nación; Sala 7; Tomo III; Folio 57.

²¹⁴ CURIEL; *op. cit.*; p. 123.

Gasset, Víctor Raúl Haya de la Torre, Carlos Quijano, Miguel Ángel Asturias y Manuel Ugarte. Presidió el acto José Ingenieros²¹⁵.

Finalmente, los vínculos con los arielistas también se forjaron por las publicaciones. Éstas tomaron principalmente dos formas: la prensa y las obras literarias.

Un primer ejemplo lo brinda la revista que Manuel Ugarte publicó en Buenos Aires. Lejos de ser ignorada por los demás arielistas, éstos participan e incluso felicitan su acción: “*Su revista merece bien de la América porque tiende a estrechar lazos que en vano las distancias nos aflojan*”²¹⁶.

Sin embargo, el encuentro también podía producirse en otras publicaciones no propias. Al igual que muchos otros arielistas, Manuel Ugarte participó en *Repertorio Americano*, de García Monje. Allí, por ejemplo, publicó un manifiesto donde reiteraba su concepción nacional-democrática y enlazaba el antiimperialismo con la defensa de las masas populares²¹⁷.

El conocimiento y la admiración entre algunos arielistas y el argentino eran tan fuertes que se encuentra una constante preocupación por darse a conocer mutuamente. El escritor argentino publicó *La Joven Literatura Hispanoamericana* donde realiza una antología que lo transformaba en un divulgador de los escritores de América Latina. Una tarea similar realizaba periódicamente desde las columnas de la *Revue*, *La Lectura* y otras publicaciones europeas donde daba a conocer a autores como José Enrique Rodó, Francisco García Calderón, Manuel Gálvez, Carlos Arturo Torres y Rufino Blanco Bombona²¹⁸.

²¹⁵ BARRIOS; *op. cit.*; pp. 146-147.

²¹⁶ GALASSO; *op. cit.*; p. 36.

²¹⁷ *Ibidem*; p. 356.

²¹⁸ *Ibidem*; p. 143.

Pero el vínculo era recíproco. Así, por ejemplo, en *La creación de un continente* García Calderón señaló:

*“(...) Manuel Ugarte ha expresado sus ideas sobre El porvenir de la América española, un libro notable que han elogiado sin reservas los diarios y escritores del continente. Su idea esencial es la unión del continente, la realización del proyecto de Bolívar...
...Ugarte cree en el peligro norteamericano, lo analiza con rara precisión. No teme la conquista directa, si a la lenta infiltración de los sajones hasta dominar el Sud (...)”*²¹⁹

Esta cita resulta sumamente rica por distintos motivos. En primer lugar, demuestra el conocimiento que el autor tiene sobre la obra del argentino. Además, se encarga de resaltar el doble aspecto de su pensamiento: la unión del continente y el antiimperialismo. Por último, siguiendo la línea que había iniciado Rodó, Estados Unidos no es representado como un enemigo común que busca la conquista militar del resto continente, sino que es interpretado como una amenaza más pasiva, de lenta infiltración.

Un tercer punto que ayuda a identificar la influencia del arielismo en Ugarte es la interpretación que sus contemporáneos hicieron de sus ideas. En otras palabras, identificar si quienes lo leían y frecuentaban lo consideraban parte del movimiento arielista.

Para este punto, es fundamental analizar a los sectores juveniles. Esto se debe principalmente a dos razones: en primer lugar, porque muchos de los eventos que se desarrollaron a comienzos del siglo XX los tuvieron como protagonistas; y, además, porque la juventud era clave para los seguidores de Rodó, quienes al igual que el maestro la concebían como la esperanza del futuro.

²¹⁹ BARRIOS; *op. cit.*; p. 143.

La Reforma Universitaria de 1918 que comenzó en Córdoba fue un hecho clave en la vida cultural americana, y requirió a los intelectuales adultos una toma de posición:

“(...)¿Cuál fue la posición de los “arielistas” ante el conflicto, que no se limitó a un mero episodio universitario sino que significó una conmoción juvenil y la aparición de una nueva conciencia? Los “amantes de la juventud” prefirieron callar, dejar hacer o, simplemente, oponerse... .. En tanto, los otros, los “calibanes” comprendiendo pronto y bien su misión, no desdeñaron esfuerzo en pro de la causa (...)”²²⁰.

Aunque el autor no mencionó entre aquellos que participaron a Manuel Ugarte, el argentino fue una figura fundamental para el movimiento. Su relación con la juventud era en gran medida consecuencia de la gira que había realizado por Latinoamérica. En aquella oportunidad habían sido los más jóvenes quienes se habían movilizado para escucharlo y quienes habían presionado cuando a sus conferencias sufrían trabas burocráticas. Como resultado de estos encuentros, y de la consecuente difusión de las ideas antiimperialistas y latinoamericanistas, surgieron grupos de intelectuales y notables publicaciones. Además, la gira se convirtió en si misma en un ejemplo debido a que los jóvenes reformistas utilizarían los componentes fundamentales de la misma: el viaje proselitista como mecanismo destinado a estrechar lazos y construir sólidas redes, la conferencia como modo de comunicar vividamente la “emoción” y los rituales y creación de escenas tendientes a reforzar el imaginario continentalista común²²¹.

Manuel Ugarte llegó incluso a convertirse en un nexo entre diferentes grupos por las constantes invitaciones que recibió de grupos universitarios. Por ejemplo, al llegar a Chile en 1917 entregó a los universitarios un manifiesto que le habían enviado los estudiantes

²²⁰ SÁNCHEZ; *op. cit.*; p. 107.

²²¹ BERGEL; *op. cit.*; p. 159.

mexicanos. *“Esta vinculación estudiantil, llevada a cabo por Ugarte, con fuerte tinte antiimperialista y unificador, es uno de los mas importantes antecedentes de la Reforma Universitaria”*²²².

Evidenciadas las relaciones que unían al argentino con el movimiento reformista, falta rastrear si se trataba solo de un caso concreto e individual o si las relaciones entre los arielistas y los jóvenes reformistas eran frecuentes.

Deodoro Roca, líder del movimiento en Córdoba, se reconocía discípulo de Blanco Fombona. Su compañero Horacio Miravet, también dirigente del movimiento, recordaba que leían a Ugarte, Rodó y Fombona²²³. Estos breves ejemplos permiten confirmar que los escritos de Manuel Ugarte eran estudiados dentro de una elección que implicaba a otros autores arielistas que hablaban de las mismas problemáticas.

Otro ejemplo de esta visión que integra a Ugarte como uno más de los miembros de aquella red lo da Víctor Raúl Haya de la Torre. En sus palabras:

*“(...) Aquí, en Indoamérica, fueron hombres mozos de la brillante generación intelectual del 900 quienes desde ambos lados del Río de la Plata exaltaron el latinoamericanismo y han legado por ello merecido renombre: Rodó, Ingenieros, Ugarte, Palacios... ...Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Vasconcelos... ...descolló entre ellos el publicista y orador Manuel Ugarte (...)”*²²⁴

Para cerrar el capítulo, cabe señalar que los tres puntos analizados demuestran la influencia que el arielismo tuvo en el pensamiento latinoamericanista de Manuel Ugarte. En primer lugar, se confirmó que efectivamente existían fuertes similitudes que los llevaron a

²²² GALASSO; *op. cit.*; p. 312.

²²³ *Ibidem.*; p. 266.

²²⁴ *Ibidem.*; p. 345.

forjar relaciones que les permitieron tanto debatir como mejorar sus ideas y propuestas. Además, se comprobó que viajes, encuentros en conferencias, correspondencias, revistas y obras literarias fueron los medios que permitieron el acercamiento. Finalmente, se evidenció que eran identificados por sus contemporáneos como partes de una misma línea de pensamiento.

Si bien se han resaltado las similitudes, es fundamental señalar que las ideas de Ugarte para lograr la unidad de los Estados Unidos del Sur planteaban una notable diferencia con el resto de los arielistas. Esto se debía a dos razones. En primer lugar, que el uruguayo “*encontraba una solución cultural a las dificultades económico-políticas*”²²⁵, y en ese mismo ámbito solían centrar su atención los miembros del círculo arielista. Además, que en el caso del argentino ya no se trataba solamente de una denuncia sino de una propuesta concreta de unión para la que esbozaban sugerencias claras. Por estas diferencias puede afirmarse que Manuel Ugarte fue un “*salto realizado respecto de su generación*”²²⁶.

Entre las razones que explican las diferencias de enfoque, puede sugerirse que sus intereses lo llevaron a desarrollar algunas lecturas que le habrían permitido contar con otras herramientas que no eran frecuentes entre los arielistas, como por ejemplo el socialismo. También, es posible que el contacto con la realidad latinoamericana logrado gracias a su gira le haya permitido tener elementos más reales para realizar su análisis.

²²⁵ FRANCO, JEAN; *La cultura moderna en América Latina*; México; Editorial Grijalbo S.A.; 1985; p. 66.

²²⁶ BARRIOS; *op. cit.*; p. 48.

CONCLUSIONES

Para concluir, puede afirmarse que las ideas arielistas tuvieron una fuerte influencia en el surgimiento del pensamiento latinoamericanista de Manuel Ugarte. Para comprobarlo, a lo largo de este trabajo se han analizado y descubierto relaciones entre las ideas propias de José Enrique Rodó, las del arielismo y las del escritor argentino.

En el primer capítulo se ha abordado el estudio de la vida y obra del escritor uruguayo, principalmente de su ensayo *Ariel*. Éste, permitió demostrar la enorme influencia ejercida por Rodó en el pensamiento de los intelectuales a comienzos del siglo XX. Fue un continuador de las ideas que desde el siglo anterior señalaban los rasgos comunes de los países latinoamericanos para oponerlos al peligroso avance de los Estados Unidos sobre el resto del continente. Pero su ensayo tuvo una repercusión distinta. Esto se debió principalmente a tres razones. En primer lugar, a los cambios dentro del contexto cultural, ya que la aparición del modernismo y la autonomización del campo permitieron el surgimiento de un público lector y el nacimiento de nuevas formas de comunicación entre los intelectuales. Además, la política internacional cumplió un rol determinante, debido a que la Guerra de Independencia Cubana de 1898 era para estos primeros lectores de la obra un recuerdo inmediato que mostraba que el avance de Estados Unidos sobre el continente era una realidad patente. Finalmente, la actitud de su autor, que se encontraba convencido de que la juventud era la fuerza que lograría el cambio y procuró personalmente dar a conocer su obra y contactar a los intelectuales que consideraba que podrían formar una comunidad de pensamiento.

El siguiente capítulo mostró como el “círculo arielista” surgió como una red intelectual con representantes en la mayoría de los países latinoamericanos. El análisis de los seis parámetros desarrollados permitió demostrar la existencia de ideas comunes y de relaciones entre ellos. Los ejemplos demostraron similitudes en su formación, sus

encuentros en viajes, su participación en las mismas publicaciones, el abordaje de temas ya presentes en *Ariel* y su relación personal con el uruguayo y otros interlocutores válidos.

La última parte de la tesis abordó el pensamiento latinoamericanista de Manuel Ugarte. Para entender sus ideas, se empezó por conocer su biografía. Su intensa producción cultural tropezaba con el escaso reconocimiento a su obra. La razón de este descrédito estaba relacionada con la política, ya que las ideas de una unión latinoamericana y la constante agresión a Estados Unidos no coincidían con la agenda internacional de los gobiernos latinoamericanos. Incluso él sospechaba una campaña en contra de sus propuestas a raíz de las complicaciones que sufrió en su gira y las falsas divulgaciones que aparecieron en algunos de los principales periódicos latinoamericanos.

Sin embargo, Ugarte formó su pensamiento e intentó darlo a conocer en todas las latitudes del continente. Su base eran dos ideas fuertemente interrelacionadas: el antiimperialismo y el latinoamericanismo. Estas reflexiones no habrían podido ser maduras sin el paso previo que significó el arielismo al resaltar los valores comunes de la raza hispanoamericana y señalar las diferencias con los Estados Unidos.

Su relación con el arielismo quedó demostrada, en primer lugar, por el rol fundamental que José Enrique Rodó ejerció personalmente en su formación. El autor uruguayo tuvo contactos con Ugarte previos a la publicación de *Ariel* y en esa correspondencia puede reconocerse la relación maestro-discípulo. Además, el argentino entabló relaciones con los miembros de la red que pueden rastrearse en su experiencia en París a comienzos del siglo y por el intenso intercambio epistolar. Finalmente, es fundamental que las generaciones que tuvieron conocimiento de sus obras y acciones los consideraran parte de un mismo movimiento de ideas.

Pero no solo existieron similitudes. Manuel Ugarte no se quedó sólo en el plano de denuncia y su análisis excedió los términos culturales que eran los límites del arielismo. Su pensamiento fue práctico y propuso medidas concretas para conseguir la unión en “una patria superior”. Su crítica avanzó sobre el plano político y económico al revelar las nuevas

formas en que actuaba el imperialismo y sugerir la forma en que debían manejarse los gobiernos latinoamericanos.

Pero la noción de que existía algo que unía a los latinoamericanos, más allá del idioma o la religión, ya estaba presente en ideólogos como Bolívar o Martí. Lo que también diferencia al pensamiento de Ugarte es el contexto en que surgió. Con el avance efectivo de los Estados Unidos del Norte sobre la América Hispánica y la difusión de las ideas de *Ariel* se había gestado un nuevo clima. La intelectualidad americana ya comulgaba con una noción de unidad cultural sobre la que Ugarte sólo tuvo que construir un proyecto político.

La presente investigación ha quedado acotada y los nuevos interrogantes que se abrieron serán abordados en estudios posteriores, como ser:

¿Cuál fue la influencia que Manuel Ugarte ejerció en los miembros de la red arielista?

¿Qué rol cumplió su pensamiento en la convulsionada generación de jóvenes argentinos que llevaron adelante la Reforma Universitaria?

¿Cuánto ayudaron sus ideas a los nuevos partidos políticos y los movimientos latinoamericanistas que se multiplicaron en la década de 1920?

Para responder estas preguntas quedan otras fuentes pendientes de ser analizadas para un estudio posterior. Entre ellas se destacan la prensa, las memorias de quienes participaron en sus conferencias y los constantes reconocimientos a su figura que efectuaron las asociaciones, los partidos y las nuevas publicaciones latinoamericanistas que se formaron en los años posteriores a su gira.

Otro aspecto no abordado, por exceder el marco temporal elegido, es la intensa actividad política que Manuel Ugarte desarrolló durante el primer gobierno peronista. Un futuro trabajo puede buscar aclarar si su participación implicó un abandono de sus ideas latinoamericanistas o una convicción de que el gobierno de Juan Domingo Perón era la oportunidad de concretar sus planes de unidad continental.

Para cerrar, una anécdota de su biografía. Se relata que al intentar conquistar a una señorita en su juventud, Manuel Ugarte le manifestó su deseo de dedicar su vida a luchar contra el expansionismo norteamericano y a lograr la unidad de los pueblos latinoamericanos. La joven le respondió que le parecía demasiada carga para andar por la vida.

Si el diálogo efectivamente tuvo lugar o si es parte de un imaginario romántico sobre su figura es accidental. Lo cierto es que sirve para resumir la obsesión que guió sus acciones durante décadas y la imposibilidad de realizar una tarea para la que solo se habían abierto algunas puertas gracias al trabajo de la generación arielista que a principios del siglo XX había comenzado a difundir un mensaje de unidad, fundamentado todavía en un aspecto cultural. Faltarían décadas para que las ideas de Ugarte, basadas en aspectos políticos y económicos, pudieran ser asumidas por los gobiernos latinoamericanos que en el nuevo contexto del siglo XXI pueden soñar con estrechar sus lazos sin afectar sus relaciones políticas y económicas con las principales potencias mundiales.

Bibliografía

Fuentes

- **Correspondencia**

- DE UNAMUNO, MIGUEL; *Epistolario americano (1890-1936)*; España; Ediciones Universidad Salamanca; 1996.
- UGARTE, MANUEL; Epistolario de Manuel Ugarte en el Archivo General de la Nación; Departamento de documentos escritos; Sala VII.
- SWIDERSKI, GRACIELA (Dir.); *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*; Buenos Aires; Archivo General de la Nación; 1999.

- **Obras**

- LEÓN SUÁREZ, JOSÉ; *Carácter de la Revolución Americana. Un nuevo punto de vista más verdadero y justo sobre la independencia hispano-americana*; Buenos Aires; Librería “La Facultad”; 1917.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE; *Ariel*; Madrid; Mestas Ediciones; 2002.
- UGARTE, MANUEL; *El porvenir de la América Latina: la raza, la integridad territorial y moral, la organización interior*; Valencia; F. Sempere; 1910; p. 113.
- UGARTE, MANUEL; *El destino de un continente*; Madrid; Mundo Latino; 1923.
- UGARTE, MANUEL; *Escritores iberoamericanos de 1900*; Santiago de Chile; Editorial Orbe; 1943.
- UGARTE, MANUEL; *La Patria Grande*; Buenos Aires; Capital Intelectual S.A.; 2010.

Artículos y libros

- ABELLÁN, JOSÉ LUIS; “España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad”; *Revista de Indias*; Volumen LXVII, Número 239; Instituto de Historia CSIC; 2007.
- AINSA, FERNANDO; “Ariel: una lectura para el siglo XXI”; *Cuadernos Hispanoamericanos*; N° 613-614; Madrid; Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo; 2001.
- BECERRA, EDUARDO; “Del idealismo a la utopía: el pensamiento hispanoamericano tras el 98”; *Anales de Literatura Hispanoamericana*; n° 28; Madrid; Universidad Complutense; 1999.
- BOLÍVAR, SIMÓN; *Carta de jamaica*; Kingston; 6 de septiembre de 1815. (<http://www.fmmeduacion.com.ar/Historia/Documentoshist/1815cartadejamaica.htm>)
- CANFIELD, MARTHA; “Reflexiones de Ariel a cien años de su publicación”; *Signos literarios y lingüísticos*; v. 3, n° 1; Méjico; Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa; 2001.
- CHIHU AMPARÁN, AQUILES; “La teoría de los campos en Pierre Bordieu”; *Polis, Investigación y análisis socio-político y psicosocial*; n° 1998; Méjico; Universidad Nacional Autónoma de Méjico.
- DÍAZ-QUIÑONEZ, ARCADIO; “Pedro Henriquez Ureña y las tradiciones intelectuales caribeñas”; en *Letral. Revista Electrónica de Estudios Transatlánticos de Literatura*; Número 1; Año 2008
- ETTE, OTTMAR; “Así habló Próspero. Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de Ariel”; *Cuadernos hispanoamericanos*; n° 528; Madrid; Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo; 1994.
- GARCÍA MONSIVAIS, BLANCA M.; “Entornos, contornos y contextos literarios de Ariel. José Enrique Rodó y el ensayo”; *Escritos. Revista del Centro del Lenguaje*; n° 28; Méjico; Universidad Autónoma de Puebla; 2003.

- MAÍZ, CLAUDIO; “Nuevas cartografías simbólicas: espacio, identidad y crisis en la ensayística de Manuel Ugarte”; *Revista de Literaturas modernas*; Mendoza; n° 31; 2001.
- OLIVA MEDINA, MARIO; “Revista *Repertorio Americano*: algunos alcances sobre su trayectoria, 1919-1958”; *Revista iZQUIERDAS*; Año I, Número 1; Chile; Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.
- RAMA, ÁNGEL; “La modernización literaria latinoamericana (1870-1900)”; *Hispamérica. Revista de Literatura*; n° 36; Ediciones Hispamérica; 1983.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR; “Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón”; *Número*; Montevideo; año 5, n° 23-23; 1953.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR; “Sobre el anti-imperialismo de Rodó”; *Revista Iberoamericana*; n° 80; Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana; 1972.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR; “America/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó”; *Cuadernos Hispanoamericanos*; n° 417; Madrid; Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo; 1985.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, ISIDRO; “Componentes del latinoamericanismo en Manuel Ugarte”; *Espacio, tiempo y forma*, serie V, Historia Contemporánea; n° 2; UNED Facultad de Geografía e Historia; 1989.
- WEINBERG, LILIANA IRENE; “Una lectura del Ariel”; *Cuadernos Americanos*; n° 85; Méjico; Universidad Nacional Autónoma de Méjico; 2001.

- **Libros**

- AAVV; *La literatura uruguaya del 900*; Montevideo; Ediciones Número; 1950.
- AAVV; *Historia común de Iberoamérica*; Madrid; Editorial EDAF S.A; 2001
- ALTAMIRANO, CARLOS; *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2005.

- ALTAMIRANO, CARLOS (Dir); *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*; Buenos Aires; Katz Editores; 2008.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE; *Historia de la Literatura hispanoamericana. Tomo I: La colonia. 100 años de República*; Méjico; Fondo de Cultura Económico; 1954.
- ARDAO, ARTURO; *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*; Caracas; Monte Ávila Editores S.A.; 1978.
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO; *Introducción al Modernismo literario*; Argentina; Editorial Columba; 1956.
- BARRIOS, MIGUEL ÁNGEL; *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*; Buenos Aires; Editorial Biblios; 2007.
- BENEDETTI, MARIO; *Genio y figura de José Enrique Rodó*; Buenos Aires; EUDEBA; 1966.
- BORDIEU, PIERRE; *Intelectuales, política y poder*; Buenos Aires; EUDEBA; 1999.
- BOSCH, AURORA; *Historia de Estados Unidos 1776-1945*; Barcelona; Editorial Crítica; 2010.
- CURIEL, FERNANDO; *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*; México; Centro de Estudios Literarios-Universidad Nacional Autónoma de México; 1998.
- DARÍO, RUBÉN; *El rey burgués*; en AAVV; *El modernismo Hispanoamericano*; Buenos Aires; Ediciones Colihue S.R.L.; 1999.
- DAVISON, NED; *El concepto de modernismo en la crítica hispánica*; Buenos Aires; Editorial Nova; 1971.
- DEVÉS VALDÉS, EDUARDO; *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad; Tomo I, Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*; Buenos Aires; Biblos; 2000.

- ETCHEVERRY, JOSÉ ENRIQUE; *La "Revista Nacional"*, en AAVV; *La literatura uruguaya del 900*; Montevideo; Ediciones Número; 1950.
- FRANCO, JEAN; *La cultura moderna en América Latina*; México; Editorial Grijalbo S.A.; 1985.
- FUNES, PATRICIA; *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*; Buenos Aires; Prometeo Libros; 2006.
- GALASSO, NORBERTO; *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*; Buenos Aires; Ediciones Corregidor; 2001.
- HALPERIN DONGHI, TULLIO; *Historia Contemporánea de América Latina*; Buenos Aires; Alianza Editorial; 1986.
- IÑIGO MADRIGAL, LUIS (coord.); *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo II: Del neoclasicismo al modernismo*; Madrid; Ediciones Cátedra S.A.; 1987.
- JURADO TORO, BERNARDO; *José Enrique Rodó. El hispanoamericano*; Caracas; Editorial del Banco del Caribe C.A.; 1974.
- KRAUZE, ENRIQUE; *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*; México; Siglo XXI Editores; 1976.
- MARTÍ, JOSÉ; *Escritos sobre América. Discursos y crónicas norteamericanas*; Capital Intelectual; Argentina; 2010.
- OCHOA ANTICH, NANCY; *El arielismo en el Ecuador*; Quito; Banco Central del Ecuador; 1986.
- ORTEGA DÍAZ, PEDRO; *El Congreso de Panamá y la Unidad Latinoamericana*; Ministerio de Comunicación e Información; Caracas-República Bolivariana de Venezuela; 2006.
- PÉREZ PETIT, VÍCTOR; *Rodó. Su vida y su obra*; Montevideo; Claudio García y Cnía. Editores; 1937.
- PÉREZ PETIT, VÍCTOR; *La crítica de la cultura en América Latina*; Caracas; Editorial Ayacucho; 1985.
- PIÑEIRO IÑIGUEZ, CARLOS; *Pensadores latinoamericanos del siglo XX*; Buenos Aires; Siglo XXI; 2006.

- ROMERO, JOSÉ LUIS; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2001.
- SADER, EMIR (Comp.); *La Reforma Universitaria: desafíos y perspectivas noventa años después*; Buenos Aires; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO; 2008
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO; *¿Tuvimos maestros en nuestra América?*; Buenos Aires; Editorial Raigal; 1956.
- SKIRIUS, JOHN; *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*; Méjico; Fondo de Cultura Económico; 1981.
- TERÁN, OSCAR; *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2004.
- TERÁN, OSCAR; *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*; Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2008.
- VICTORIA, MARCOS; *Teoría del ensayo*; Buenos Aires; EMECÉ; 1975.
- ZALDUMBIDE, GONZALO; *Cuatro grandes clásicos americanos*; Buenos Aires; Academia Nacional de Letras; 1947.